

PARA ALABANZA DE SU GLORIA (EF 1, 12)

La Bella Cordera

Raquel Oliva Martínez

SALUS CARNIS

Para alabanza de su Gloria (Ef 1, 12)
La Bella Cordera

Raquel Oliva Martínez

Copyright © 2024 Raquel Oliva Martínez

Edita: Raquel Oliva Martínez

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798300174507

www.saluscarnis.com

Para el P. Enrique

CONTENIDO

Prólogo	9
Introducción	11
Dejarse sorprender por el Espíritu	14
Silencio	18
Principio y fundamento en la <i>Carta a los Efesios</i>	21
Ef 1, 3	21
Ef 1, 4	27
Ef 1, 5	30
Ef 1, 6	35
Ef 1, 7	40
Ef 1, 8-9	42
Ef 1, 10	45
Ef 1, 11-12	56
Ef 1,13	62
Ef 1, 14	66
Ef 1, 15-19	69
Ef 1, 20	76
Ef 1, 21-23	79
Conclusión: «para alabanza de su Gloria»	81

MARÍA AMADA _____	83
Santa e Inmaculada _____	83
De bendición a maldición: la carne herida _____	89
La Llena de Gracia _____	96
La Bella Cordera _____	106
De Cordera a Reina _____	115
A modo de conclusión: plegaria eucarística IV ____	122

PRÓLOGO

Este librito retoma, profundiza y desarrolla un retiro espiritual que, gracias a Dios, impartí en diciembre de 2022 a los seminaristas del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada y los Santos Justo y Pastor de la diócesis de Alcalá de Henares.

Este es un libro de meditaciones, por tanto, conviene leerlo a pequeños sorbos, pues la cosa es dejar que el Espíritu vaya haciendo su siembra en la tierra, humedeciéndola poco a poco.

Teniendo en el corazón siempre a los presbíteros y seminaristas, no obstante, lo escrito en él bien sirve a todos los cristianos, pues la vocación a la santidad es una sola y para todos; cada cual aplique luego sus concreciones a su vocación particular.

Dicen los que entienden que el *Principio y fundamento* de los *Ejercicios espirituales* ignacianos no es propiamente

una meditación, sino el preámbulo. Bendito preámbulo que a mí me encanta y siempre me hace tanto bien. Creo que, teniendo claro este punto, la vida espiritual se vuelve mucho más sencilla, sencillísima, pues se torna claro lo que hoy nadie tiene claro y es causa de tantas desventuras. Pero aquí no va a encontrar el lector honduras sobre el *Principio y fundamento* ignaciano, pues no soy experta en nada, pero menos en los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola. ¿Qué esperar, entonces? No mucho; pequeños balbuceos sobre nuestro destino último («para alabanza de su Gloria»), una Gloria muy de carne, que podemos contemplar en María Inmaculada.

Madrid, 8 de diciembre de 2024

Inmaculada Concepción
de la Bienaventurada Virgen María

INTRODUCCIÓN

⁹ Súbete a un monte elevado, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén. Clama sin miedo; di a las ciudades de Judá: «Ahí está vuestro Dios». ¹⁰ Aquí llega el Señor Yahvé con poder, su brazo lo sojuzga todo; vedlo, su salario le acompaña, su paga le precede. ¹¹ Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, los lleva en su regazo, y trata con cuidado a las paridas (Is 40, 9-11)¹.

Cristo es el Buen Pastor que apacienta su rebaño. Desde hace años reúne con su brazo a los corderos, vosotros, los seminaristas, y los lleva sobre su pecho, en esta casa. Encuentro que esta es una imagen preciosa de aquello que vuestra estancia en el seminario debería ser:

¹ Los textos de la Escritura se toman de: <https://www.edesclée.com/content/biblia-online>.

descansar sobre el pecho del Maestro como discípulos amados.

A su vez, Él mismo cuida de las ovejuelas que vosotros, corderos, seminaristas, criais, es decir, Él también cuida de vuestras ovejas, las que el Señor os va poniendo en vuestros destinos pastorales.

Y Él es también el verdadero descanso para aquellos que os crían a vosotros, rector, formador, director espiritual... «Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, los lleva en su regazo, y trata con cuidado a las paridas». Estas palabras se nos regalan providencialmente en la eucaristía de hoy; y digo «providencialmente» porque cuando se me propuso predicar este retiro, el rector me sugirió hablar de la Virgen, la Inmaculada, patrona de este seminario de la Inmaculada y de los Santos Niños, a la vez que me envió esta noticia que leo a continuación:

El pasado 18 de octubre, festividad de San Lucas, se cumplían los 25 años de la fundación del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada y de los Santos Niños. Por este motivo, nuestro Administrador Apostólico, Mons. Jesús Vidal, presidió la eucaristía. En su homilía exhortó a los seminaristas a adquirir la forma del Cordero, de Jesús, y acoger con gozo lo que el Señor nos da en cada momento, así como a transmitir el don de la paz, fruto de la Resurrección del Señor².

Por esto, la Virgen Inmaculada y la forma del Cordero serán los lineamientos de nuestro retiro.

² <https://www.obispadoalcala.org/album-de-fotos-y-noticia-xxv-aniversario-del-seminario-mayor-diocesano-de-la-inmaculada-y-de-los-santos-ninos-18-10-2022.html>.

DEJARSE SORPRENDER POR EL ESPÍRITU

Tenéis el peligro que acecha a los profesionales de la religión, que es pensar: «un retiro más», «ya me lo sé», etc. ¡Conviene estar alerta! Porque el enemigo del amor es el tedio con el que se vive la rutina. Así pues, os invito a entrar en la novedad de Dios, que es siempre el mismo, pero que, sin embargo, nunca cansa porque siempre es nuevo. Hoy Dios te sale al encuentro; te quiere cambiar la vida. Hoy Dios quiere que le gustes, que le saborees, porque Dios es tres personas de las que se hace experiencia en una relación de amor. Por tanto, hay que desconectar con las distracciones de fuera y con las de dentro.

Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta

de ti tus inquietudes trabajosas. Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de Él. Di, pues, alma mía, di a Dios: «Busco tu rostro; Señor, anhelo ver tu rostro»³.

El P. Antonio Orbe, jesuita, patrólogo español que murió en 2003, tiene un artículo en el cual habla sobre el colirio de los ojos del alma en Clemente de Alejandría (s. I–s. II). Pues bien, hoy debemos suplicar al Espíritu que nos limpie los ojos del alma, que nos limpie la mirada, una mirada ¡que tantas veces se topa con tantas cosas que no son Dios!..., que no mira como mira Dios, ni a uno mismo ni a los demás. ¡Supliquemos

³ ANSELMO DE CANTERBURY, *Proslogion*, tomado de la *Liturgia de las Horas, Oficio de Lectura*, viernes de la I semana del tiempo de adviento.

confiadamente!: ¡Ven, Espíritu Santo, limpia mis ojos, quiero ver como tú ves, quiero ver lo que tú ves! Este grito, el grito de tu alma medio ciega, encontrará respuesta en la eucaristía y en la adoración, cuando tus ojos de carne contemplen al Cordero, al Pan de la Vida, a Jesucristo, al que vino en carne, porque viene en cada eucaristía. Pero este deseo de tu alma (¡que yo te vea, Señor!) se cumplirá definitivamente cuando nuestros ojos de carne, ya glorificados, sean capaces de contemplar la carne del Verbo, rutilante, gloriosa, de quien gloriosamente vendrá por segunda vez en la *parusía*; se cumplirá una vez que por fin gocemos, después de tantos trabajos por el Evangelio, en el reino del Padre.

²⁵ Yo sé que vive mi Defensor, que se alzaré el último sobre el polvo, ²⁶ que después que me dejen sin piel, ya sin carne, veré a Dios. ²⁷ Sí, seré yo quien lo

veré, mis ojos lo verán, que no un extraño⁴.

Dejemos atrás, por tanto, todo lo que nos pueda distraer por dentro y por fuera, y supliquemos al Espíritu:

Nosotros, que representamos místicamente a los querubines, y cantamos a la Trinidad vivificante el himno tres veces santo: dejemos a un lado todas las preocupaciones terrenales, para que podamos recibir al Rey de Todo, escoltado invisiblemente por huestes angelicales. Aleluya⁵.

⁴ Job 19, 25-27.

⁵ *Cherubikon, Himno del Querubín*, tomado de la *Liturgia de Juan Crisóstomo*.

SILENCIO

El P. Orbe escribió un librito de espiritualidad que se llama: *Dios habla en el silencio*. Y es que, ciertamente, es así: Dios habla en el silencio. Dios gusta de la intimidad y la intimidad va envuelta en el silencio, como bien saben los enamorados, pues para besar, la boca ha de callar. En la intimidad se hace silencio. Por ello nosotros debemos suplicar que se nos conceda el silencio interior para poder entrar en ese silencio propio de la intimidad y disfrutar así de la Palabra que llena el silencio, esto es, del Verbo de Dios, que sale del silencio del Padre. Dice san Ignacio de Antioquía:

[...] existe un único Dios, el cual se ha manifestado por medio de su Hijo Jesucristo, que es su palabra salida del

Silencio, la cual complació en todo al que lo había enviado⁶.

Y también:

Y quedó oculta al príncipe de este mundo la virginidad de María y su parto. Asimismo, la muerte del Señor. Tres misterios clamorosos que tuvieron lugar en el silencio de Dios. ¿Cómo, pues, se manifestaron al mundo? Un astro brilló en el cielo por encima de todos los astros [...] ⁷.

Supliquemos reconocer y entrar con fe en los misterios de Dios, del Verbo.

El silencio nos introduce en la soledad poblada de Dios antes de la Creación:

Dios vivió en soledad años eternos. Eran tres —Padre, Hijo, Espíritu Santo— y los

⁶ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Magnesios VIII*, 1, en: *Ignacio de Antioquía. Cartas; Policarpo de Esmirna*, ed. J. J. AYÁN CALVO, (Fuentes Patrísticas 1, Madrid ²1991) 133.

⁷ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Ephesios XIX*, 1-2, en: *Ignacio de Antioquía. Cartas; Policarpo de Esmirna*, ed. J. J. AYÁN CALVO, (Fuentes Patrísticas 1, Madrid ²1991) 123. 125.

tres vivían solos. Antes que el Padre hiciera ninguna cosa mediante el Verbo, estaba el Hijo ante Él. Y el Espíritu Santo, exhalación amorosa del Padre y del Hijo, delante de ellos dos. Eran solos y se bastaban.

Aún no había ángeles que le oyeran y el Padre hablaba. Y su palabra en el principio era el Verbo. Faltando aún serafines que les amaran, Padre e Hijo se querían, y en el principio era también el Espíritu Santo. El Verbo colmaba la soledad de los años eternos⁸.

⁸ A. ORBE, *Dios habla en el silencio* (Madrid ²1964, refundida) 17.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO EN LA CARTA A LOS EFESIOS

Los *Ejercicios espirituales* del gran san Ignacio de Loyola comienzan con el *Principio y fundamento*. Pienso que nuestro principio y fundamento se halla bellísimamente descrito en la *Carta a los Efesios*. Os propongo adentrarnos en esta carta para meditar sobre este principio y fundamento de nuestras vidas.

La traducción del texto griego es propia; como veréis, no he buscado tanto la belleza literaria como ir iluminando un texto que de sobra os es conocido por medio de traducciones más acomodadas. Ven Espíritu Santo, ven por María.

Ef 1, 3

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda (clase) de bendición espiritual, en las regiones celestes.

Bendecimos a un Dios que es Padre. ¿Padre nuestro? No de primeras. Propiamente, es Padre sólo de Jesucristo, nuestro Señor. Es realmente hermoso tener por Señor a Jesucristo. Es realmente hermoso haber hecho experiencia en la vida de que Jesús, el Cristo, es el Señor, no sólo Señor de la Historia y del mundo, conocimiento que uno puede adquirir por medio de los libros, sino el Señor soberano de mi vida, esa concreta, que a veces duele. El Señor de una vida que puedo no haber querido tantas veces; el Señor de toda ella entera, no sólo de los aspectos que suelo querer ver con mis ojos y que me permito mostrar a los demás, queriendo que sea el Señor de lo que a mí me parece que está ordenado. No, también es Señor de ese cajón desastre que no deseo abrir... pero que de vez en cuando explota como una caja de Pandora, removiéndose peligrosamente todo aquello que intento, afanosamente, tener contenido.

Jesús, ven a mi vida, ven hoy, una vez más. Deseo vivamente que sólo Tú seas el Señor de mi vida, de esa que duele, de esa que tú sabes que duele, de esa que está en herida abierta y que esconde. Pon tu mano de Buen Pastor en ella, Tú que no haces daño, Tú que sólo traes el bálsamo de tu misericordia. ¡Ven, Señor Jesús!

Este Padre de Jesucristo que, en principio no es Padre nuestro, nos bendijo. Pero ¿cuándo nos bendijo? Cuando bendijo a su Hijo Jesucristo. En las bendiciones que Jesucristo recibe de su Padre somos nosotros bendecidos. Y es muy, muy importante entender que las bendiciones con que bendijo a Cristo, su único Hijo, y en Él, a nosotros, son bendiciones espirituales, es decir, que puedes no tener trabajo, dinero, salud, esposo o esposa, etc... y aún así, contar con todas las bendiciones que el Padre depositó en su Hijo amado. Y es que Dios Padre te bendice aunque te vaya mal en lo material. De hecho, el cuerpo de Cristo,

cuerpo de carne, de materia, salió bastante mal parado en la Pasión.

El griego permite, a mi modo de ver, dos traducciones, ambas válidas:

1) «con las (bendiciones) celestes». En este caso, el adjetivo «celeste» en dativo estaría concordando con el sintagma precedente, que también está en dativo, funcionando, en consecuencia, como aposición: «con bendiciones espirituales, es decir, con las bendiciones celestes».

2) «en (las regiones) celestes». En esta segunda traducción se estaría indicando que estas bendiciones que se dieron en las regiones celestes y, por tanto, en regiones donde no estaba el hombre, recayeron en Cristo antes de la fundación del mundo, es decir, que el Padre pergeñó un designio amoroso de bendiciones espirituales para su Hijo Jesucristo y en Él, para nosotros. Nos predestinó a recibir toda clase de bendición espiritual en su Hijo. Pero ¿el Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad, ¿acaso no es Dios?,

¿por qué necesita bendiciones espirituales, celestes? Bueno, hay una teología preciosa desarrollada por san Justino mártir (s. II), por ejemplo, según la cual el Hijo, el Verbo aún no encarnado, es ungido por el Padre para poder recibir posteriormente, una vez ya encarnado, el Espíritu, a la medida del Hijo único del Padre, en su bautismo en el río Jordán. Pero no es el objetivo de este librito acometer dicha teología. Digamos que el Hijo lo recibe todo del Padre, siempre, también en el seno de la Trinidad, así pues, también las bendiciones espirituales, celestes. Y nosotros recibimos todo en Cristo, porque la primera persona de la Santísima Trinidad, el Padre, es el origen, el principio sin principio, mientras que la segunda persona, Cristo, es el principio principiado. Y así, el Padre —decían los primeros teólogos tanto ortodoxos como heterodoxos— era totalmente trascendente e inaccesible por exceso, era su Hijo el que, siendo Dios

también, podía dar a conocer a Dios, porque era Mediador, el Mediador entre Dios y los hombres. «¹⁸ A Dios nadie le ha visto jamás: lo ha contado el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre» (Jn 1, 18). Por ello, apto para poder darse a conocer ya en el seno de la Trinidad, el Verbo se encarnará posteriormente haciéndose visible en una carne y en una sangre recibidas de María Virgen (*ex Maria Virgine*). Así pues, porque Cristo es el Mediador, por su medio recibimos todas estas bendiciones con que su Padre nos bendijo.

Es bueno que ahora recordemos — *recordare* significa en latín «traer de nuevo al corazón»—, que hagamos memoria de todas las bendiciones que hasta el día de hoy el Señor nos ha concedido. Normalmente nos inclinamos a la queja. ¿Por qué no parar hoy un momento para traer al corazón las bendiciones que el buen Dios ha derramado sobre nosotros y así poder alabarle por tanto don recibido?

¹⁹Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, ²⁰ dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo⁹.

Ef 1, 4

En cuanto que nos eligió en Él antes de la fundación del mundo para que nosotros seamos santos e inmaculados delante de Él, en el amor.

La bendición que el Padre nos da en Cristo consiste en una elección que tuvo lugar antes de la creación del mundo cuando, en el seno de la Trinidad, el Padre, origen de todo bien, dispuso salvar al hombre. Cuesta imaginarlo, porque Dios es eterno, la Trinidad es eterna, pero Dios dispuso, tuvo a bien, pergeñó un plan salvífico en el cual ya estábamos tú y yo. Conviene descansar en esa elección de

⁹ Ef 5, 19-20.

amor. En ese «te quiero» eterno del Padre, que te pensó, te amó, te deseó, te quiso, te imaginó feliz, santo, según el plan que había diseñado para ti. Esto es muy importante: Dios Padre te pensó, te quiso, te deseó y te imaginó feliz, salvado, santo, en cuanto que había pensado un plan de Salvación para ti. Tú eres la niña de sus ojos. Te quiere bien, pleno, santo, y para ello ideó para ti una vocación.

Hay una vocación primera, común a todos, primordial, esencial, la más importante porque es la única, el fin por el cual Dios Padre desplegó el mundo, creó todas las cosas, envió a su Hijo único después de una larga Historia de la Salvación (el Antiguo Testamento la narra). Esta vocación consiste en ser santos e inmaculados delante de Él. He aquí el principio y fundamento: has sido creado para ser santo e inmaculado delante de Él, es decir, que tu destino es estar delante de Dios, siendo santo e inmaculado. Y todo

esto en el amor. «Dios es amor»¹⁰, no enemigo a tu puerta¹¹. Dios Padre no juega contigo; Él te ama, te pensó por amor, en el amor y para el amor. Y esta elección, esta bendición, la hizo el Padre «en Él», es decir, que esta elección, esta vocación, la hizo en Cristo al bendecirle y elegirle a Él, el Hijo, su único Hijo. «En el Amor». Me gusta ver aquí una referencia al Espíritu Santo, pues muchas veces se le ha definido como el Amor entre el Padre y el Hijo. Nuestro principio y fundamento es trinitario.

Lógicamente, esta vocación a la santidad se concreta en la historia de cada uno: un estado de vida por medio del cual vamos caminando en santidad de día en día. «Escucha, hija, mira, inclina el oído»¹²,

¹⁰ 1 Jn 4, 8.

¹¹ Cf. Gn 4, 7.

¹² Sal 44 (45), 11 tomado de la traducción litúrgica.

«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»¹³, «Te seguiré»¹⁴.

Ef 1, 5

Ya que nos destinó previamente para la filiación adoptiva, por medio de Jesucristo, para Él, conforme al buen parecer de su Querer.

Dios Padre nos pensó antes de la creación para ser santos, inmaculados, en el amor, bendecidos, es decir, hijos en el Hijo. Dios es Padre de Cristo; propiamente, sólo de Cristo, su Hijo natural, consustancial, de su misma naturaleza, Dios de Dios, Luz de luz. Pero a nosotros nos eligió en su Hijo, decidiendo desde toda la eternidad otorgarnos la misma filiación del Hijo suyo, que era Dios por naturaleza, es decir, que ser santos es ser hijos de Dios por naturaleza, pero para nosotros, de manera

¹³ Sal 40 (39), 8a y 9a.

¹⁴ Lc 9, 57

adoptiva. A nosotros, que no somos por naturaleza dioses, divinos, sino hombres, humanos, Dios Padre decidió hacernos dioses en nuestra naturaleza, divinizarlos. Esto es ser santos e inmaculados delante de Él, en su presencia. Esta es la vocación de todo hombre que viene a este mundo: ser dios en su barro, en su naturaleza humana, en su carne y en su vida, por medio del único que es propiamente Hijo de Dios: Jesucristo.

«Para Él». Dios Padre te creó para Él, eres de su propiedad, no cabe entregarse a nadie más, pues otra cosa sería echar por tierra su amoroso designio, su bendición, su elección. ¿Por qué?, ¿por qué esta bendición tan enorme? ¡Ser hijos en el Hijo! Porque le pareció bien. Simplemente. Es sencillo. Así que vive tranquilo: no te eligió por tu humildad, ni por tu caridad, ni por tu castidad; no te eligió, en definitiva, por tus méritos. ¿Alguno podría merecer ser hecho hijo en el Hijo? En absoluto. Descansa pues,

plácidamente, en la benévola voluntad de tu Creador que, sin haber tú nacido aún, sin haber hecho nada por tu parte, has sido eternamente elegido en tu nada para ser santo, hijo por adopción, hijo en el Hijo. Descansa en tu nada, en tu poquedad, en tu pequeñez: Dios no te necesita, sino que antes de la fundación del mundo te pensó, te amó, te eligió y te bendijo gratuitamente. Te vio en su Hijo amado y te quiso en Él. Te eligió de antemano para SER. Esto es de suma importancia. Te eligió, te bendijo, te llamó para SER, no para hacer. Tu valor no se cifra en lo que haces, en lo que puedes hacer o en lo que no haces o no podrás hacer. Así que, una vez más, descansa.

Existe hoy una tentación que está generando muchas rupturas del sujeto: estrés, agotamiento crónico, *burned-out*, etc. Es la consecuencia de un planteamiento que se fue instalando en la cultura, desde hace unas cuantas décadas: la productividad. Hay que hacer muchas

cosas, aprovechar el tiempo, rascar segundos, *multi-tasking*, aprender muchos idiomas, hacer muchos cursos, hacer deporte todos los días y, por supuesto, aprender a relajarte si es que te queda tiempo. Frente a esta tendencia va surgiendo desde hace años otra, llamada *slow life*. En líneas generales, este movimiento propone renunciar al ritmo frenético propio del activismo para vivir con más sencillez las cosas cotidianas y poder así disfrutar de las pequeñas cosas del día a día. Algunas de las constantes son: madrugar para comenzar el día en silencio y calma con el fin de serenarse desde las primeras horas del amanecer; realizar las obligaciones del día sin ansias; mantener un horario ordenado de comidas que marque un ritmo regular; estar en contacto con la naturaleza todos los días; programar actividades de silencio y meditación con periodicidad los días de descanso. A mí esta propuesta me encanta, pero tengo que decir que es tan

antigua como el monacato, pero ahora propuesta desde una perspectiva laicista. Como digo, esta propuesta se lleva viviendo en los monasterios y conventos desde hace siglos, no es un invento de ahora. La Iglesia es Madre y es sabia y, aunque no escapa Ella tampoco al activismo imperante, recogiendo dolorosamente como fruto pastores y fieles quemados, saturados, desbordados..., en muchas formas de vida consagrada se mantiene un equilibrio que regula con suavidad y armonía los distintos aspectos que configuran la vida humana: oración, trabajo, sana alimentación, naturaleza, actividad corporal, relaciones humanas... El hombre no está hecho para sólo y primordialmente trabajar. Si el hombre pone en el primer puesto de la vida el trabajo ¿cuándo vive?, ¿cuándo respira?, ¿cuándo reza? «[...] entre los pucheros anda el Señor»¹⁵ dijo santa

¹⁵ TERESA DE JESÚS, *Fundaciones* 5,8, en: *Santa Teresa de Jesús. Obras Completas. Edición manual*, ed. E. DE LA

Teresa de Ávila. Téngase en cuenta que lo dice una monja de clausura, que dedica bastantes horas del día a la contemplación, sin pucheros. ¡Claro que entre los pucheros anda el Señor! Pero para ver a Dios en las actividades cotidianas del día a día hace falta poder encontrar ratos para descansar en el que nos destinó de antemano para SER (y no para hacer) alabanza de su Gloria. Custodiar hoy este tiempo para descansar en Dios es, sencillamente, heroico.

Ef 1, 6

Para alabanza de la Gloria de su Gracia, con la que nos agració en el Amado.

Ante esta bendición, elección, vocación a la santidad, a la filiación adoptiva, sólo

MADRE DE DIOS – O. STEGGINK (BAC 212, Madrid 71982) 532. El contexto del conocido pasaje es el siguiente: «Pues, ¡jea!, hijas mías, no haya desconsuelo; cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior».

se puede prorrumpir en alabanzas. ¡Porque su Gracia es para nuestra Gloria! Todo lo que Dios toca y se deja tocar por Dios se transforma en glorioso.

Este plan intacto de Dios Padre, su bendición antes de la creación del mundo, antes del pecado de Adán, su elección, su llamada, nuestra vocación última en Cristo Jesús, por sus méritos, en el Espíritu de amor, podemos contemplarlo con esperanza en María Inmaculada, nacida sin tacha, asunta al cielo, hecha su carne dios. En el Amado de Dios, el hijo del Padre, Dios nos bendijo, nos llamó, nos agració con la filiación adoptiva: inmaculados, santos ante Él. Esto se cumple de manera eminente en la Virgen María, como veremos más adelante, gracias al Amado, Jesucristo. Me gusta ver en el Crucificado al Amado del Padre. Está roto porque su Padre lo ha permitido y Él se sabe y se experimenta Amado en esa situación, el Amado de su Padre. Esto resulta muy fuerte para nosotros, que no

comprendemos el amor que Dios nos tiene. Y es que el Padre, respetando la voluntad y libertad de los hombres, permitió que su único Hijo padeciera para salvarnos, para poder darnos esa filiación adoptiva que había predispuesto para cada uno de nosotros. Porque el pecado de Adán tiñó de sangre el plan primigenio de Salvación, convirtiéndose así, además, en plan redentor. Cristo debía darnos — puesto que Él es el único Mediador, pues sólo Él es personalmente Dios, siendo por sus dos naturalezas, la humana y la divina, el único Mediador de Dios y de los hombres— la filiación adoptiva de carne a carne, es decir, que para santificarnos — que en eso consiste la Salvación— debía hacerse niño en Belén y recorrer pacientemente los misterios —esos que rezamos en el Rosario y también los que no aparecen, como cuando se sentó cansado junto al pozo y un largo etcétera— que iban a disponer la carne humana que asumió en seno de María con

el fin de configurarla como hija de Dios, es decir, para divinizarla. Porque, como decían los antiguos: «lo semejante con lo semejante»; por tanto, para hacer al hombre semejante a Dios en cuerpo y alma, Dios, el único que podía otorgarle su semejanza, debía asumir un cuerpo y un alma para comunicar al hombre el Espíritu de filiación adoptiva. Este era el plan salvífico. Pero «¡oh, feliz culpa que mereció tal Redentor!»¹⁶. Pues tras el pecado, nuestro Mediador debía no sólo salvar la naturaleza humana, que ciertamente no era divina, sino también de redimirla del pecado original, pues éste se transmite no de alma a alma —pues el alma es infundida de forma misteriosa por Dios para cada cuerpo— sino por vía material, corporal, de los padres a los hijos, empezando desde Adán. Así pues, Cristo debía redimir los cuerpos afectados por el pecado original; pero también las almas ya

¹⁶ Pregón pascual tomado de la tradición litúrgica.

que una vez desordenado el equilibrio humano pre-lapsario —antes de caer en el pecado Adán y Eva—, el hombre experimenta que no hace lo que quiere, sino que hace lo que no quiere, pecando personalmente, lo cual afecta a la persona entera, en cuerpo y alma. Por tanto, Cristo Redentor, además de a salvarnos, darnos su filiación adoptiva y hacernos dioses, vino a redimirnos, a lavar en su divina sangre nuestros pecados, el original heredado y los propios. A nuestros pecados les corresponde la sobreabundancia del Amor de un Padre que nos deja ver en el Cuerpo roto del Amado, de su Hijo Amado, cuánto nos ha querido, deseado, amado, buscado. Un amor sobreabundante, plasmado visiblemente en el cuerpo del Crucificado, que habla a la criatura humana —pues los ángeles no tienen cuerpo— en su mismo lenguaje: de cuerpo a cuerpo. ¿Quién podría amar así?

Ef 1, 7

En quien poseemos la remisión, por medio de su sangre, el perdón de las transgresiones, conforme a la riqueza de su Gracia.

La sangre de Cristo, nuestro Mediador, nos obtiene la Redención del pecado original, transmitido por la carne de Adán de generación en generación, y también de nuestros pecados personales. Y todo esto a la medida de la riqueza de su Gracia. Dios, que «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza»¹⁷, nos colma de manera sobreabundante, pues perdona al culpable devolviéndole la condición inmaculada con que le pensó, y le conduce además a un destino de Gloria inimaginable. Frente a esto, ¿qué son nuestros pecados, que a veces monopolizan nuestra atención, entristeciéndonos y llevándonos a la

¹⁷ 2 Co 8, 9.

desesperanza? Tus pecados no son nada: Dios es más grande que tu pecado. ¡Levántate, alza la cabeza, se acerca tu liberación!¹⁸.

Hace años hicieron en un campamento la llamada «dinámica de la Cruz». Los adolescentes que habían acudido debían pensar sus pecados, «eso» con lo que no podían, «eso» que les aplastaba poderosamente, «eso» que simplemente les superaba, por imposible. ¿Te suena? Todos tenemos un «eso». Los adolescentes debían escribir «eso» en un papel, coger un clavo que embadurnaban en pintura roja, como expresión de la sangre de Cristo —porque Dios entra por los sentidos ya que no somos ángeles y por ello, los signos sensibles ayudan— y clavaban el papel en la Cruz. Era impresionante escuchar cómo, en medio de la noche, cada golpe de martillo era el amor de Cristo por cada uno; era

¹⁸ Cf. Lc 21, 36.

impresionante ver cómo lloraban de arrepentimiento y, sobre todo, de amor agradecido, pues el amor agradecido fue lo que prevaleció. Cuando terminó la dinámica de oración se fueron a rezar el rosario, para sorpresa de todos los monitores. Así es un encuentro verdadero con el Amor al reconocer el amor incomparable que Dios nos tiene.

Ef 1, 8-9

(Gracia) Que nos ha dado abundantemente, con toda sabiduría y prudencia, puesto que nos dio a conocer el misterio de su querer, conforme a su buen parecer, que dispuso de antemano en Él.

El Padre no sólo nos da la Gracia para conocer sus misterios de Salvación sino también la prudencia, la resolución, esa sabiduría práctica para obrar conforme a su querer, que es nuestra Salvación. En Él, en Cristo, vemos este plan de Salvación cumplido. Así, Él, que llevó a cabo el

querer de Dios hasta el fin, se convierte en nuestro espejo¹⁹. Si uno mira a Jesús crucificado —el mismo que también resucitó— encuentra en Él toda la bendición, la vocación, la llamada, su santidad. En Él comprendemos que quiso tomar, asumir una carne pasible —Él que es el Verbo de Dios— para poder vivir los misterios de nuestra Salvación: la encarnación, el nacimiento del niño Dios en el portal de Belén, el bautismo en el Jordán,... los misterios gozosos,

¹⁹ Cf. CLARA DE ASÍS, *Carta a santa Inés de Praga IV*, 15-17, en: *Escritos de Santa Clara y documentos complementarios*, ed. I. OMAECHEVERRÍA, (BAC 314, Madrid ⁵2004) 402: «Tú, oh reina, esposa de Jesucristo, mira diariamente este espejo, y observa constantemente en él tu rostro, así podrás vestirme hermosamente y del todo, interior y exteriormente, y ceñirte de preciosidades y adornarte juntamente con las flores y las prendas de todas las virtudes, como corresponde a quien es hija y esposa castísima del Rey supremo»; *Carta a santa Inés de Praga III*, 12-13, *ibid.*, 396: «Fija tu mente en el espejo de la eternidad, fija tu alma en el esplendor de la gloria, fija tu corazón en la figura de la divina sustancia, y transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad»

luminosos, dolorosos y gloriosos. Todos necesarios para traer la Salvación al barro, a nuestra carne y a nuestra alma. Por medio de la Revelación (Escrituras nacidas, seleccionadas e interpretadas por la Tradición; custodiado todo ello por el Magisterio de la Iglesia) ¡conocemos lo que Dios quiere!, ¡esto es grandioso!: nosotros, criaturas, podemos conocer el querer de Dios para amarle, para darle al Padre la alegría de aceptar su plan bello y nuestro destino glorioso, que es aquello por lo que realizó todo: la creación, el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento... Ahora bien, igual que sólo hay una vocación —la santidad, la filiación divina— hay también un sólo querer de Dios: la caridad. Ésta se nos enseña por Revelación, pero debe concretarse para cada uno. No hay dos vocaciones iguales. Un amigo mío dice que la vocación es un camino virgen, pues es único para cada uno y nadie lo ha pisado antes. Cuando se comprende así la propia vida es hermoso

abrir los ojos cada día, buscar a Dios en todo, orar para escuchar qué quiere hoy de mí, entender cómo vivir esa caridad revelada en mi día. Es vivir inmersos en Dios, en lo sobrenatural —pues este es nuestro *habitat*— con la conciencia clara de que nuestro principio y fundamento es la caridad de Dios. Porque nos amó nos bendijo; porque nos amó, elegimos amarle a Él, y en Él, al prójimo, que es carne de mi carne porque somos carne ungida de Cristo.

Ef 1, 10

Para la Economía de la plenitud de los tiempos, para que todo sea recapitulado en Cristo, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra.

Cuando Dios Padre nos bendice en Cristo por medio de los misterios que éste experimenta en su carne se cumple así la Economía, es decir, el plan de la Salvación, que estaba destinado a cumplirse en la plenitud de los tiempos: «¹⁰ con el fin de

realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra»²⁰. Toda criatura fue llamada a participar en esta Salvación. Todos y cada uno de los hombres somos libres para asentir a esta Gracia y para poder gozar así de la vocación a la filiación divina. Dios seduce, no fuerza, quien no quiera salvarse, no se salvará. Dramático, pero cierto. La cabeza de la esposa es el esposo. La Cabeza de la Iglesia es Cristo, que es el Esposo de todos, hombres y mujeres, en cuanto que nuestra carne, ungida por el bautismo, según vía ordinaria, es carne de su carne, es por el sacramento del bautismo carne del mismo Cristo, por eso pudo decir a Saulo: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» (Hch 9, 4), aunque Saulo estuviese persiguiendo a los cristianos y no a Jesús en persona.

²⁰ Ef 1, 10.

Este es el fundamento dogmático de la evangelización: el que se convierte y cree en Jesús con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y vive esta filiación adoptiva, que recibe por el bautismo, forma parte del Cuerpo de Cristo porque su carne, al ser ungienda, es la de Cristo, y tiene a Cristo por Cabeza. Que Cristo sea Esposo no es sólo una imagen, una expresión o una experiencia afectiva reservada a las mujeres cristianas y Cristo (varón); o, en el mejor de los casos para los varones, un desposorio entre su alma y la de Cristo. Aunque esta sea la interpretación más conocida, que ha llegado hasta nosotros por medio de un cierto tipo de monacato que vivía su espiritualidad desde una cierta teología — sí, sí, la teología está siempre muy presente en los comentarios bíblicos, en las homilias, etc; más de lo que se piensa; por eso es crucial una buena formación en los seminarios—. Esta teología hacía del alma el objeto predilecto de la Salvación,

favores divinos y relación con Dios. Muy en auge en el s. III predominó para la posteridad, como constatamos en la actualidad porque estaba muy vinculada y arraigada en la exégesis monacal. El monacato tiene gran peso en la literatura espiritual, basta hablar de san Juan de la Cruz y su bello *Cántico espiritual*. Esta teología que veía en el alma el objeto predilecto de la Salvación tenía influencia platónica, la cual no se deja sentir tanto en el judaísmo bíblico, que tiende a una comprensión antropológica más unitaria que la griega, hablando así de corazón, de entrañas... Por otra parte, en las Escrituras, ya en el Nuevo Testamento, tenemos esta gran afirmación: «Y la Palabra se hizo carne»²¹.

Por su puesto que el alma es superior a la materia (cuerpo) pues, para empezar, es inmortal como afirmaban los griegos (puede verse en el libro de la Sabiduría,

²¹ Jn 1, 14.

aquel que más resabio de filosofía helenista tiene). Pero la verdadera novedad, el escándalo —que se lo digan a san Pablo cuando habló en el Areópago de la Resurrección de la carne... se fueron todos y dejaron de escucharle...— es que Dios se haga materia para salvarla. ¿Salvar eso tan pobre, menos dotado que el alma? En efecto, lo más pobre, el barro con el que fue modelado Adán, ese, hace las delicias de Dios: quiere la carne por hija suya, y también al alma. Pues así, toda carne ungida, ya sea de varón, ya sea de mujer, es carne de Cristo, Cristo es su Esposo y, por tanto, su Cabeza. Todas las demás criaturas tendrán a Cristo por Cabeza a su modo, pero no por haber recibido en su materia la unción que hace hijos adoptivos en el Hijo. Cristo asumió solamente la naturaleza humana, un cuerpo y un alma. Vivamos pues, cada día como lo que somos: hijos de Dios en cuerpo y alma. Vivamos de la unción del Esposo y así, el otro, cualquier ungido,

será Cristo, será mi hermano, no porque comparta mucho con él, no porque le abra el corazón, no por nada que no tenga un fundamento dogmático: su carne ungió a me hermana con él como resultado de Pentecostés, por eso deseo que todos los hombres entren a formar parte de este Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Es el verdadero fundamento dogmático de la evangelización y de la caridad fraterna: que Dios se hizo carne para ungióla y la ungió en Pentecostés. Y esa carne es la nuestra.

²² las mujeres a sus maridos, como al Señor, ²³ porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el salvador del cuerpo [...] ²⁸ así deben amar los maridos a sus mujeres, como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. ²⁹ Porque nadie aborrece jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo

mismo que Cristo a la Iglesia,³⁰ pues somos miembros de su cuerpo²².

¡Seamos su carne ungida!, ¡que participemos de su carne glorificada! Ese es el vestido de bodas necesario para poder entrar a las Bodas del Cordero.

Concluamos esta meditación con este bello comentario de Ireneo de Lyon (s. II) a propósito de 1 Co 15, 50:

Es esto lo que entre otras cosas afirma también el Apóstol (1 Cor 15, 50): *Porque la carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios*. Los herejes todos invocan en su demencia tal testimonio, y a partir de él se aplican a embrollarnos y a probar cómo no se salva la plasmación de Dios. Ignoran que son tres, según dimos a conocer, los elementos de que consta el hombre perfecto: carne, alma y espíritu. El uno, el espíritu, salva y configura; el otro, la carne, es unido y configurado. Mientras

²² Ef 5, 22-23; 28-30.

el alma, que media entre ellos, cuando sigue al Espíritu es elevada por él, y cuando accede a la carne sucumbe a las concupiscencias terrenas. De consiguiente, quienes no poseen lo que salva y conforma y da unidad, serán y se dirán carne y sangre, como quienes no tienen en sí el Espíritu de Dios. Y por eso también les denominaba el Señor «muertos». *Dejad a los muertos*, dijo (Lc 9, 60), *que den sepultura a sus muertos*. No tienen efectivamente el Espíritu que vivifica al hombre (cf. Joh 6, 63). En cambio, quienes temen a Dios y creen en la venida de su Hijo y mediante la fe instalan en sus corazones al Espíritu de Dios se dirán con justicia hombres limpios (cf. Mt 5, 8), espirituales, vivientes para Dios (cf. Lc 20, 38; Mt 22, 32; Rom 6, 11). Pues tienen el Espíritu del Padre que purifica al hombre y le levanta a la vida de Dios. Así como *la carne es débil*, así por testimonio del Señor (Mt 26, 41) *el Espíritu es animoso*.

Éste tiene poder para cumplir lo que ardientemente desea. Si alguien, pues, infunde a modo de estímulo en la flaqueza de la carne lo animoso del Espíritu, necesárisimamente lo fuerte triunfa de lo débil. De resultas, la flaqueza de la carne será absorbida por la fortaleza del Espíritu; y el individuo no será carnal, sino espiritual, merced a la comunión del Espíritu. Así es como dan testimonio los mártires y menosprecian la muerte, conforme a la prontitud del Espíritu, y no a la flaqueza de la carne. La debilidad de la carne, cuando absorbida, manifiesta el poderío del Espíritu. El Espíritu, a su vez, cuando absorbe la debilidad, toma en sí posesión de la carne. Y de ambos se compone el hombre viviente: viviente gracias a la participación del Espíritu, hombre merced a la sustancia de la carne. Por tanto, la carne sin Espíritu de Dios es muerta. Al no tener vida, tampoco puede heredar el reino de

Dios. La sangre destituida de Espíritu es irracional, como agua derramada en tierra. De ahí aquello (1 Cor 15, 48): *Cual el de tierra, tales también los de tierra.* En cambio, donde está el Espíritu del Padre, allí el hombre viviente, la sangre racional custodiada para vindicta por Dios (cf. Apoc 6, 10; 19, 2), la carne poseída en herencia por el Espíritu: olvidada de sí propia a fin de asumir la cualidad del Espíritu; hecha conforme con el Verbo de Dios. Y por eso dice (1 Cor 15, 49): *Como hemos llevado la imagen del de limo, llevemos también la imagen del celestial.* ¿Y qué es lo del limo? El plasma. ¿Y qué lo celestial? El Espíritu. Así como un tiempo, viene a decir, vivimos sin el Espíritu celeste en vetustez de carne, insumisos a Dios, así ahora, dando acogida al Espíritu, *camínemos dóciles a Dios en novedad de vida* (Rom 6, 4). De consiguiente, ya que no podemos salvarnos sin Espíritu de Dios, el Apóstol, exhortándonos a

conservar el Espíritu de Dios mediante la fe y la vida casta —no sea que, destituidos de la participación del Espíritu Santo, perdamos el reino de los cielos—, proclamó que la carne y sangre solas no pueden heredar el reino de Dios. A decir verdad, la carne no es heredera, sino herencia. Lo dice también el Señor (Mt 5, 5): *Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.* En el reino, viene a decir, la tierra, de que procede también la sustancia de la carne, es poseída en herencia. Y por eso quiere que el templo sea limpio (cf. 1 Cor 3, 16ss.): para que el Espíritu de Dios se deleite en él, como el esposo con la esposa. Igual que la esposa no puede tomar en matrimonio al esposo y puede, en cambio, ser tomada por él cuando se presenta el esposo a tomarla, así también la carne. Por sí misma, ella sola es incapaz de heredar el reino de Dios; puede, sin embargo, ser recibida en

herencia por el Espíritu, en el reino. El que vive hereda, en efecto, los bienes del difunto. Una cosa es heredar, y otra ser heredado. El que hereda es dueño y preside y dispone de la herencia a su voluntad. Mientras, la herencia está sumisa y obedece y es dominada por el heredero. ¿Qué es lo que vive? El Espíritu de Dios. ¿Y qué son los bienes del difunto? Los miembros del hombre; que además se corrompen en la tierra. Éstos son heredados por el Espíritu, al transferirse al reino de los cielos²³.

¡Que nos dejemos hacer herencia del Espíritu!

Ef 1, 11-12

«En el cual también fuimos elegidos, como herencia, porque fuimos destinados previamente, según el

²³ IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* (= AH), IX, 1-4 en: A. ORBE, *Teología de San Ireneo I. Comentario al Libro V del «Adversus haereses»* (BAC Maior 25; Madrid – Toledo 1985) 404-451.

propósito del que realiza todo conforme al consejo de su querer, para que nosotros, los que hemos esperado previamente en Cristo, seamos para alabanza de su Gloria»

«La herencia de Yahvé son los hijos»²⁴. Así pues, nosotros somos la herencia del Padre, que nos llamó antes de la fundación del mundo: somos la herencia de Dios porque Él lo quiso según su consejo bueno, su buena decisión, su benévolo querer.

Este «nosotros» que aparece en el texto bíblico hay que leerlo en relación al «vosotros» que aparecerá en el v. 13. «Nosotros» se refiere al pueblo de Israel, al pueblo de las promesas; «vosotros» se refiere a los gentiles, a aquellos que no pertenecemos al pueblo de Israel. ¿Qué quiere decir Pablo con «nosotros, los que hemos esperado de antemano en Cristo?» ¿Acaso esperaba él en Cristo?, ¿acaso no

²⁴ Sal 126 (127), 3.

perseguía él a los cristianos? Cualquier judío piadoso esperaba al Mesías que había sido prometido y profetizado; recuérdense los cantos del siervo de Isaías. Lo que le pasa a Pablo es que, una vez se ha encontrado con Cristo Resucitado, entiende que «la Roca era Cristo»²⁵. La roca en el desierto, en tiempos de Moisés, era Cristo. Una vez que Pablo cree en Jesús entiende las Escrituras, entiende que todas ellas son una preparación inmensamente querida, deseada, hacia el Verbo hecho carne, y llevará a cabo una exégesis tipológica, que quiere decir que personajes, acontecimientos que aparecen en el Antiguo Testamento, están anunciando por anticipado o prefigurando a Cristo, el Verbo encarnado.

La Iglesia, ya en los tiempos apostólicos (cf. 1 Cor 10, 6. 11; Hb 10, 1; 1 Pe 3, 21), y después constantemente en su tradición, esclareció la unidad del plan

²⁵ 1 Co 10, 4.

divino en los dos Testamentos gracias a la «tipología». Esta reconoce, en las obras de Dios en la Antigua Alianza, prefiguraciones de lo que Dios realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de su hijo encarnado²⁶.

Conviene recordar aquí una teología muy hermosa que con la crisis arriana (s. IV) vino a quedar un tanto olvidada por miedo a que, mal entendida, diera lugar a pensar de manera heterodoxa. Pero sin desviarnos ahora explicando este asunto del desarrollo de la historia del dogma referiremos brevemente algo acerca de esta teología. Los primeros autores cristianos hasta la mencionada controversia arriana solían interpretar lo que hoy nosotros llamamos comúnmente «teofanías» (manifestaciones de Dios) como logofanías (manifestaciones del Logos). Basándose en que el Hijo del Padre es el Mediador —lo estamos viendo

²⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CIC) 128.

en *Efesios*: ha sido el Mediador desde antes de la fundación del mundo, también antes de asumir su carne en el seno de la Virgen— entienden que Cristo, en figura humana, pero sin haber asumido aún una carne tangible, verdadera se aparece y dialoga con ciertos personajes del Antiguo Testamento. Así, el Verbo en figura humana, pero aún no encarnado, dialogaba con Adán en el Paraíso; lo acoge Abrahán en Mambré, etc. Según esta interpretación, Adán, Eva, Abrahán, etc, eran potencialmente cristianos porque hablaban con Cristo. Ellos conversaban con Dios. Era la segunda persona de la Trinidad, que iba acostumbrándose a los hombres, pues Dios es Dios, y el Antiguo Testamento es un acostumbrarse el Verbo, en figura humana, a conversar con los hombres hasta que llegara ese gran hecho, preparado largamente a lo largo de siglos

y siglos: «y la Palabra se hizo carne»²⁷. Por eso Abrahán deseó ver su día. Él entrevió algo, pero no vio la carne y sangre tangibles del Verbo encarnado. Tanto la tipología como las logofanías nos introducen bien en esta espera de los creyentes del Antiguo Testamento que no anhelaban otra cosa que al Hijo de Dios, con quien trataban veladamente. El velo habría de rasgarse en Belén.

Las Teofanías [manifestaciones de Dios] iluminan el camino de la Promesa, desde los Patriarcas a Moisés y desde Josué hasta las visiones que inauguran la misión de los grandes profetas. La tradición cristiana siempre ha reconocido que, en estas teofanías, el Verbo se dejaba ver y oír, a la vez revelado y «cubierto» por la nube del Espíritu Santo»²⁸.

²⁷ Jn 1, 14.

²⁸ CIC 707.

Ef 1,13

En el cual también vosotros, porque escuchasteis la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación y porque creísteis, fuisteis sellados por el Espíritu santo de la promesa.

¡También nosotros, los gentiles, los que no formábamos parte del pueblo elegido, Israel, hemos escuchado y creído! Gracias a Dios también nosotros hemos podido escuchar la Palabra de la Verdad porque otros han estado dispuestos a evangelizar. Evangelizar es de locos: exige tiempo, energías y dinero; trae complicaciones y esfuerzo; no pocos sinsabores, incomprendiones, rechazo, malentendidos e incluso persecución. Sería más lógico no hacerlo. Pero Cristo lo mandó: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación»²⁹. Lo sientas o no lo sientas, te apetezca o no, evangelizar es un mandato de Cristo. Ahora bien, cada

²⁹ Mt 16, 15.

cual habrá de discernir cómo Dios le pide a él evangelizar. No es lo mismo ser misionero en Maputo, que párroco en Móstoles, que clarisa en Soria, que padre de familia, etc. San Francisco de Asís anunciaba por medio de la palabra; Carlos de Foucauld, con su presencia humilde entre los no creyentes. El Espíritu es creativo y lo que vale para uno no tiene por qué ser lo que Dios le pide a otro. En el discernimiento, la persona que acompaña debe buscar que el otro sea lo que Dios quiere que sea, en absoluto debe hacerla a su imagen y semejanza. Encontrar acompañantes así no es fácil, porque nuestra tendencia es recomendar a otros lo que a nosotros nos funciona. Hace falta mucho respeto a la persona, despojo de uno mismo y escucha del Espíritu para acompañar bien a otros.

«Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de

Cristo»³⁰. Así podemos escuchar la Palabra de la Verdad, el Evangelio, que significa en griego «buena noticia» de la Salvación. ¡La Salvación a la que Dios nos ha destinado es una grandísima noticia!, ¡la filiación divina es la mejor de las noticias!: no morir para siempre, amar hasta el fin, vivir para lo que hemos sido creados, para ser dios. Pero no sólo hay que escuchar, sino que también hay que creer. La palabra pronunciada por un emisor espera una respuesta, tu respuesta. Si la respuesta es de fe, entonces sucede: el Espíritu, el Amor, que es Dios, nos sella. El verbo σφραγίζω es un término técnico para designar el bautismo. El bautismo es ese sello que dice: «mío». Es un sello en la carne y en el alma. Es la unción que irá haciendo de nosotros dioses. Es un proceso paulatino, no porque Dios no sea poderoso, sino porque se acomoda a los tiempos de su criatura, que va poco a

³⁰ Rm 10, 17.

poco, no de golpe. De golpe fueron los ángeles en su decisión única: servir a Dios o no. El hombre progresa. Jesús lo sabe. El Verbo tuvo que aprender a progresar en su naturaleza humana: «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres»³¹. Lo propio del hombre es dejarse hacer poco a poco. Por eso, no te impacientes, pues no hay prisa. Vive descansadamente en las Manos de Dios que te creó, que son Cristo y el Espíritu. Aprende a ser criatura para llegar a ser dios. Él, que te conoce, marca tu ritmo, Él que te sabe, lleva el paso que te conviene. No mires ni a derecha ni a izquierda, pues cada cual baila a un compás; es la magna sabiduría del Dios bueno. Vives mecido en el soplo del Espíritu de la promesa y la promesa es la bendición desde antes de la fundación del mundo. Es verdad, es inmutable. Descansa y ama. Podemos dar gracias a

³¹ Lc 2, 52.

Dios por el sello del bautismo; por el sello de la confirmación; por el sello del orden sacerdotal, los presbíteros que estáis aquí; los seminaristas, que debéis —es una obligación y una responsabilidad— discernir durante este tiempo de seminario, podéis expresarle a Dios vuestro deseo de recibir ese sello (Ef 3, 7-8; 4, 7-13).

Ef 1, 14

El cual [el Espíritu] es prenda de nuestra herencia, para redención de la posesión, para alabanza de su Gloria.

Detrás la traducción «prenda» está el término griego ἀρραβών, que puede significar en un contexto comercial «señal», «anticipo». En este sentido, tendríamos una herencia de la cual se nos da una prenda, un anticipo, una señal, una parte de lo que la herencia futura sería. Esto tendría sentido puesto que ahora vivimos las primicias de lo que un día gozaremos enteramente. En esta vida

preciosa pero también —no nos engañemos— valle de lágrimas, como decimos en la Salve, entretejida con dolor, llanto, muerte, etc, experimentamos ya la filiación divina, esa promesa, esa bendición, esa vocación a la santidad que Dios nos preparó antes de la fundación del mundo si bien, no ha llegado aún a su plenitud. Ésta llegará cuando nuestro cuerpo sea resucitado, hecho dios, embellecido por el Espíritu a semejanza de Cristo glorioso, y contemplemos con nuestros ojos de carne al Verbo encarnado, enteramente glorioso.

Otro significado del griego ἀραββών es el de «garantía», «seguridad». Según esta acepción, el Espíritu sería una señal, una garantía de que aquello que Dios te ha prometido —la filiación adoptiva en Cristo— es verdad, y porque ya la vives puedes estar tranquilo porque todo es verdad, aquí está la muestra, lo demás está por llegar. Creo que ambas acepciones son bellas e iluminan el pasaje.

En Ef 1, 14 leemos: «Para la redención de la posesión (τῆς περιποίησεως)». Esta misma palabra aparece en 1 Ts 5, 9: «Dios no nos ha destinado para la ira, sino para obtener la salvación (περιποίησιν σωτηρίας) por nuestro Señor Jesucristo». El sufijo –σιν indica en griego la acción de poseer, no aquello que se posee, la cual se expresaría con el sufijo –μα (resultado de poseer). En 1 P 2, 9 aparece la expresión λαὸς εἰς περιποίησιν, que podría traducirse como «pueblo destinado para la posesión». Dicho lo cual, el sentido de Ef 1, 14 podría ser el siguiente: el Espíritu Santo de la promesa, que es un anticipo (parte, pero no todo) de nuestra herencia (de la bendición que obtiene el hijo en el Hijo del Padre; de la filiación adoptiva), para la redención (que es propia) del acto de poseer (ya definitivamente, que nos será otorgado por Dios en nuestra carne resucitada).

Y lógicamente este poseer los justos definitivamente la filiación adoptiva es

para alabanza de su Gloria, porque la «Gloria de Dios es el hombre viviente, la vida del hombre es ver a Dios»³².

¿Cómo ver a Dios si Cristo no nos liberara, no nos redimiera de nuestros pecados, no nos salvara, una vez perdonados en su sangre, si no nos diera su Espíritu para que progresivamente nos glorifique, es decir, nos haga hijos adoptivos?

Ef 1, 15-19

Por eso, también yo, después de escuchar vuestra fe en el Señor Jesús y el amor que tenéis hacia todos los santos, no ceso de dar gracias en favor vuestro en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el padre de la Gloria, os dé Espíritu de sabiduría y revelación, junto con el reconocerle; (os de) unos ojos del corazón que estén iluminados para que vosotros conozcáis cuál es la esperanza

³² IRENEO DE LYON, AH, IV, 20, 5-7.

de su llamada; cuál, la riqueza de la Gloria de su herencia en los santos; y cuál la inconmensurable grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia del dominio de su fuerza.

Conmueve ver el corazón de pastor que muestra san Pablo, quien da gracias por los creyentes de Éfeso y convierte esa acción de gracias en intercesión en favor de los cristianos. ¿Lleváis así en el corazón a vuestras ovejas?

Es bello llamar a Dios «Padre de la Gloria». Toda gloria no mundana, que es aquella que debiéramos buscar, viene del Padre pues, como decíamos al comienzo, Él es el origen de todo y quiere que seamos glorificados, que es lo que significa ser hechos hijos en el Hijo ¡Y qué bello es, entonces, el «para alabanza de su Gloria»! Nuestro destino último, la Gloria divina, nos remite a nuestro origen: el Padre de la Gloria. Pablo desea que los cristianos de Éfeso se llenen de la

sabiduría de Dios, de la revelación divina, y que reconozcan al Señor. Pablo desea que los fieles vivan en el Espíritu, en lo sobrenatural —que no se identifica sólo con lo extraordinario, pero que lo incluye—, que es la vida que se vive por encima de la naturaleza humana, es decir, la vida del Espíritu, que es la tercera persona de la Santísima Trinidad y que, por tanto, es Dios ¡Vivir en Dios cada segundo de la vida!, ¡qué maravilla!

[...] el padre de la Gloria os dé Espíritu de sabiduría y revelación, junto con el reconocerle; (os de) unos ojos del corazón que estén iluminados para que vosotros conozcáis [...]

Sabiduría, revelación, reconocerle. Es más fácil gustar, saborear a Dios y saber qué hay que hacer cuando estamos de retiro, pues las cosas, a la luz de Dios, se ven más claras que en el día a día. También es más fácil estar pendiente de lo que Dios quiere y nos revela cuando

gastamos mucho tiempo con Dios e igualmente se le reconoce mejor. No es tan fácil reconocerle, en cambio, en esa clase que te cuesta, en ese ensayo de coro, cada cual que ponga su momento tedioso. Pero san Pablo también desea para nosotros todo lo que desea para los cristianos de Éfeso. Porque la fe no es algo que se reduce a unos momentos de piedad, sino que la verdadera fe traspasa todos los aspectos de la vida de una persona: ideas, pensamientos, plan de vida, proyectos, educación, ocio, familia, trabajo, política, acción social...; por eso cuando uno lee la vida de los santos se da cuenta de que su vida se va unificando en esta vivencia única de la fe. También desea el Apóstol para los cristianos de Éfeso, para nosotros, que nuestros ojos del corazón estén iluminados como con ese colirio de la fe para los ojos del alma que pedíamos en el comienzo. Necesitamos la luz divina, para que nos ilumine lo que por nuestra sola razón sería

imposible de llegar a comprender: cuál es la esperanza de su llamada, la riqueza de su Gloria, la inconmensurable grandeza de su poder. Dicho de otra manera: necesitamos que el Espíritu nos ilumine para darnos cuenta de dónde Dios nos llama a tener puesta nuestra esperanza: no ya de tejas para abajo, sino en la vocación que Dios Padre pensó para nosotros desde antes de la fundación del mundo (bendición, llamada,...), que es ser hijos en el Hijo, que vivamos su Gloria en la carne, que seamos dioses. También es una gracia que hay que pedir el darnos cuenta de que esta vocación es tan sobrenatural (por encima de nuestra naturaleza), que depende del poder de Dios; de hecho, la palabra griega que emplea aquí *Efesios* es la misma que figura en la Encarnación: «y el poder (δύναμις) del Espíritu te cubrirá con su sombra». Igual que era imposible que María concibiera por sí misma al Hijo de Dios virginalmente, simplemente porque ella lo pretendiera o decidiera o se

lo propusiera —plantearlo si quiera es absurdo, ¿verdad?— tampoco tú puedes, por tus fuerzas, heredar la Gloria, ser hijo adoptivo de Dios, si Otro más fuerte que tú, que es Dios por naturaleza, no lo hace posible para ti. Ciertamente hay hombres que han vivido virtuosamente —ya se daban cuenta los autores cristianos de la Antigüedad y algunos atribuían el origen esta virtud a la acción misteriosa del Espíritu, que actúa en los hombres que se dejan, sean explícitamente cristianos o no— despreciando la muerte, como Sócrates, o que han sido castos, que han perdonado a sus enemigos, etc. Pero ¿quién, alguna vez, ha sido dios en su carne?, ¿quién, alguna vez, ha resucitado en su carne para vivir eternamente? Con propiedad, sólo una persona divina: Cristo, quien ha asumido una naturaleza humana; con certeza, también hay una persona humana que ha seguido el camino inaugurado por Cristo Cabeza: la Virgen María, en virtud de los méritos de

Cristo. Pues este destino, la Gloria en la carne, esto que es imposible para ti, es tu vocación, la herencia reservada para los santos —es decir, un cristiano que vive lo que está llamado a ser cualquier bautizado— y sólo se consigue respondiendo, secundando dócilmente al Espíritu de Dios que, igual que culminó la obra de Dios en María, lo hará contigo, si le dejas. Basta con no estorbar a la Gracia. Secundemos, pues, la eficacia del Espíritu.

Si miramos además un poco de cerca la manera en que se concreta para vosotros el modo de vivir esta vocación a la santidad, es decir, el presbiterado ¿acaso tú tienes poder para perdonar los pecados, para convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo? No. Evidente. Pues si no eres del grupo de los virtuosos a lo Sócrates, la buena noticia es que el poder de lo alto también puede hacerte vivir todo lo demás: la castidad, el amor fraterno, la compasión, la caridad, te dará palabras para predicar... pide la

Gracia de lo alto y secunda con tu libertad.
¿Acaso hay algo que no hayas recibido?

Podemos agradecer el don con Ef 2, 5-10:

⁵ Estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados—, ⁶ y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús. ⁷ De este modo, puso de manifiesto en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. ⁸ Pues habéis sido salvados gratuitamente, mediante la fe. Es decir, que esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; ⁹ tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. ¹⁰ En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, que de antemano dispuso Dios que practicáramos.

Ef 1, 20

(La) Que (el Padre) puso en acción cuando lo levantó de entre los muertos y (lo) sentó a su diestra en las regiones celestes.

Creo que el Padre es el sujeto del verbo (ἐνέργησεν), que traduzco por «(la) que puso en acción», puesto que el texto así establecido críticamente presenta el verbo en 3ª persona del singular, cuyo sujeto ha de ser Él (= el Padre); también los participios de aoristo, en nominativo, masculino, singular (ἐγείρας = «cuando lo levantó» y καθίσας = «cuando lo sentó»), han de concertar con el Padre, que está omitido, puesto que en griego δύναμις (= «poder») es femenino, no pudiendo ser el sujeto con quien conciertan los participios. Es, por tanto, el Padre quien despliega el poder, pues lo que traducimos por «que» corresponde a ἧν, que es un pronombre relativo en caso acusativo, que debe cumplir la función de complemento directo y no de sujeto, opción por la que se decanta la traducción de la Biblia de

Jerusalén. Por tanto, el Padre desplegó la fuerza del Espíritu para resucitar a Jesús de entre los muertos y sentarlo a su diestra tras su ascensión a los cielos.

Podríamos comentar este versículo bajo el siguiente epígrafe: De cómo la resurrección de Cristo es un canto a la inutilidad o *Deus facit, homo fit*³³. Nada puede hacer un cadáver. Nada de nada. Ni mucho ni poco. Nada. «Porque separados de mí nada podéis hacer»³⁴. Lo dijo Jesús, no lo digo yo.

«Estando muertos a causa de nuestros delitos»³⁵ dice el Apóstol. Ciertamente es que ha habido en la Historia hombres virtuosos, pero ¿lo eran al margen del Espíritu de Cristo, aunque no fueran creyentes? San Justino contestaría que no porque, según él, todo lo que de bello y bueno hay en el mundo proviene del Logos, que está esparcido en el universo como semillas de

³³ IRENEO DE LYON, AH IV, 19, 2.

³⁴ Jn 15, 5.

³⁵ Ef 2, 5.

la Verdad. Las cartas paulinas, no parecen considerar que el hombre, antes de abrazar la fe («antes estabais muertos»), tendiera a la virtud espontáneamente y con facilidad; más bien, lo contrario. Hay en el hombre un dinamismo que tiende al pecado debido a las secuelas que dejó en nosotros el pecado de Adán. Lo constatamos cada día. Pero el Espíritu que se nos infunde, ordinariamente por vía sacramental (principalmente por el bautismo y por la confirmación), es el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos y lo sentó a la diestra del Padre. Y eso mismo hará con nosotros: de la muerte del pecado nos resucitó a la vida de la Gloria que ahora vivimos en prenda. Del sueño de la muerte nos levantará, un día, a la plenitud de la Gloria. Para Dios no hay nada imposible.

Ef 1, 21-23

Por encima de todo principado, potestad, poder, señorío y de todo

nombre de lo que es denominado, no sólo en este siglo, sino en el que está por venir. Y sometió todo bajo sus pies y lo dio como cabeza, sobre todo, en la Iglesia, la cual es su cuerpo, plenitud del que plenifica todo en todos.

Cristo resucitado, el mismo que fue crucificado, es sentado por su Padre por encima de todo: de supuestos señoríos de la tierra, de los poderes y poderosos de este mundo que ante Dios no son nada; de todo lo que conocemos por su nombre, terreno y celeste; también tiene poder sobre ángeles, arcángeles, querubines y serafines, así como sobre Satanás y sus demonios, por tanto, no hay nada que temer. Cristo los somete y los someterá bajo sus pies definitivamente. El Rey justo un día reinará con su justicia y sabremos lo que es tener un Rey que es Pastor. El Padre nos da a Cristo glorioso como Cabeza de la Iglesia, de cada uno de nosotros, formando así el Cristo total.

Miremos a María, la Inmaculada, imagen de la Iglesia, espejo de Justicia, Promesa ya realizada de lo que nosotros seremos: hijos en el Hijo, para alabanza de su Gloria.

Conclusión: «para alabanza de su Gloria»

Teniendo presente todo lo dicho hasta ahora, traemos estas líneas del jesuita Antonio Orbe:

El «Principio y Fundamento» de la espiritualidad del Obispo de León podría formularse así: El hombre es criado, en su cuerpo, para ser "Dios", en comunión de vida con el Padre, a imagen y semejanza de Cristo glorioso»³⁶.

El Espíritu glorificó la humanidad de Jesús y nosotros, hechos a su imagen y semejanza, hemos sido creados para gozar de la Gloria del Hijo, como hijos adoptivos

³⁶ A. ORBE, *Espiritualidad de San Ireneo* (Roma 1989) 22.

de Dios, para ser alabanza de su Gloria, para que la Gloria que irradiará nuestro cuerpo sea alabada, es decir, para que viéndonos glorificados, sólo quepa prorrumpir en alabanzas a Dios, que ha hecho su obra prodigiosa en nosotros ¡nos ha hecho hijos de Dios!

Acerquémonos a la eucaristía con esta perspectiva: ser divinizados.

MARÍA AMADA

Comenzamos esta segunda meditación teniendo presente todo lo que hemos referido a propósito de la *Carta a los Efesios*: el Padre, origen de todo lo creado, nos ha destinado antes de la fundación del mundo para que, por medio de su Hijo Jesucristo, el único Mediador entre Dios y los hombres, lleguemos a ser, por la virtud poderosa del Espíritu Santo que nos unge y sella, hijos en el Hijo, dioses en carne y alma, para alabanza de la Gloria de Dios. *Ad maiorem Dei gloriam*.

Pues bien, tratemos ahora de contemplar todo esto en María, la Inmaculada, María Amada, la Bella Cordera. ¡Qué mejor para aprender a ser corderos que mirar a la Bella Cordera que nos engendró al Cordero de Dios!

Santa e Inmaculada

Volvamos a Ef 1, 4:

En cuanto que nos eligió en Él antes de la fundación del mundo para que nosotros seamos santos e inmaculados delante de Él, en el amor.

El designio querido por Dios antes de crear el mundo fue el de que su criatura — es decir, tú— fuera santa e inmaculada ante Él, en su presencia, en el amor, en su Espíritu, en la comunión con ese Espíritu que, porque es Dios, es santo y hace dioses y santos. Así quiso Dios a Adán y a Eva y así los hizo, así salieron de sus manos bondadosas, sus manos que son el Hijo y el Espíritu, cuando modeló con mimo y ternura el barro de la tierra pensando, teniendo en el horizonte la imagen de Cristo glorioso, ¡Cristo glorioso era la meta, el destino, la vocación proyectada para Adán y para Eva, para ti! Así, creados para su Gloria en la carne, en el alma, el modelo era el futuro Cristo glorioso, cuya carne sería también dios, pues su carne y alma fueron asimiladas por el Espíritu progresivamente hasta culminar con su

Ascensión a los cielos, introduciendo allí su cuerpo glorioso para siempre, en la eternidad.

Desde la nada todo pensado para Adán, y una tierra que se fue poco a poco afinando y apurando desde su primer origen, amorfo, gracias al trabajo de las manos de Dios³⁷.

La tierra a partir de la cual Dios modeló a Adán era una tierra virgen, que aún no había recibido la lluvia, según Gn 2, 4-7:

⁴ Ésos fueron los orígenes del cielo y la tierra, cuando fueron creados. Cuando Yahvé Dios hizo la tierra y el cielo, ⁵ no había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahvé Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. ⁶ Pero un manantial brotaba de la

³⁷ P. DE NAVASCUÉS BENLLOCH, *Flor de Sangre* (Revolcaderos 9; Madrid 2022) 17.

tierra y regaba toda la superficie del suelo. ⁷ Entonces Yahvé Dios modeló al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.

Era una tierra fina, pura, pues para modelar al hombre no valía cualquier tierra:

Al hombre empero lo plasmó Dios con sus propias manos, tomando el polvo más puro y fino de la tierra y mezclándolo en medida justa con su virtud. Dio a aquel plasma su propia fisonomía, de modo que el hombre, aun en lo visible, fuera imagen de Dios, porque el hombre fue puesto en la tierra plasmado a imagen de Dios³⁸.

Pues bien, esta tierra pura, virgen, finísima, era figura de María, Virgen, Inmaculada; y Adán, modelado a partir de

³⁸ IRENEO DE LYON, *Epideixis* en: E. ROMERO POSE, *Demostración de la predicación apostólica* (Fuentes Patristicas 2, Madrid 2001) 13.

esta preciosa tierra, era figura de Cristo, que sería modelado en el seno de María Santísima. Pero podemos contemplar también otra imagen preciosa de María en Gn 2, 22-25:

²² De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. ²³ Entonces éste exclamó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» ²⁴ Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. ²⁵ Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro.

Eva, que nace del costado de Cristo, es imagen de María Inmaculada, que brota del costado del Verbo hecho carne, traspasado en la Cruz, pues María es Inmaculada en virtud de los méritos de la

Pasión de Cristo. Por la Sangre de Cristo, María fue preservada del pecado de Adán:

¡He aquí la mujer inmaculada! Procedente de la carne de Adán, la cual, a su vez de la tierra más pura. Eva inmaculada llamada a ser madre de todos los vivientes, inmaculados³⁹.

En efecto, Adán y Eva, creados para la Gloria, para la filiación divina adoptiva querida por Dios Padre según la *Carta a los Efesios*, estaban llamados a transmitir a su descendencia dicha bendición.

En Gn 1, 28 leemos:

²⁸ Después los bendijo Dios con estas palabras: «Sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptas sobre la tierra.»

Adán y Eva fueron llamados a transmitir al linaje humano la bendición: «santos y sin

³⁹ DE NAVASCUÉS BENLLOCH, *Flor de Sangre*, 20.

tacha delante de Él, en el amor». Así también te pensó Dios: te pensó como a María Virgen. Mirarla a Ella es verte a ti, si secundas el plan de Dios.

De bendición a maldición: la carne herida

Dice el libro de la Sabiduría: «pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo, y la experimentan sus secuaces»⁴⁰.

La Iglesia enseña que los ángeles son criaturas personales espirituales, superiores a nosotros, que somos pobrecillas criaturas de barro, débiles incluso antes de pecar. Adán y Eva eran inmaculados, sin tacha antes del pecado, y también eran débiles criaturas en comparación con los ángeles. Y, siendo inferiores a los ángeles (cf. Sal 8), eran los destinatarios de la bendición del Padre: santos e inmaculados en su presencia. La filiación divina en carne estaba destinada al hombre, la criatura más débil, mientras

⁴⁰ Sb 2, 23-24.

que los ángeles fueron creados no para recibir la bendición que estaba pensada para el hombre sino para colaborar con el plan divino, es decir, colaborar para que el hombre llegara a ser dios. Un texto apócrifo muy bonito —porque no todos los textos apócrifos, es decir, textos con temática bíblica que no pertenecen al canon recibido por la Iglesia son heréticos; hay apócrifos de sana doctrina católica que recogen una bella teología, pero que, sencillamente, no cuentan con inspiración canónica— es *La Cueva de los tesoros* (finales del s. II-inicios del s. III). Dice así:

Y los ángeles escucharon la voz de Dios que le decía [a Adán]: «Todas las cosas que han sido hechas y creadas se someterán ante ti y serán sólo tuyas. A ti te doy autoridad sobre todo lo que hay en el cielo». Cuando aquel rango rebelde, es decir, uno de los rangos espirituales, vio que tal dignidad le era dada a Adán, le tuvo envidia desde ese día y se dijeron unos a otros: «Esto no

nos agrada, no es posible que nosotros, seres de fuego, adoremos a uno que está hecho de tierra, que formó del polvo»⁴¹.

Así, el diablo envidioso y sus ángeles, los que se rebelaron contra el designio amoroso y bueno de Dios, hacen guerra al hombre para que no alcance la bendición a la que fue destinado por Dios; y esa guerra comenzó con Adán y Eva, incitándoles al pecado mediante la tentación (Gn 3). Tras consentir al pecado, Adán y Eva, nuestros primeros padres, transmitirán con su procreación no ya la bendición que Dios quiso, sino ese desorden que da lugar a una carne no obediente, alterada, desajustada, desequilibrada. Pero, a pesar de todo, el

⁴¹ *La cueva de los tesoros (versión siríaca, rencensión oriental)* II, 22–III, 3 en: *La cueva de los tesoros*, ed. P. GONZÁLEZ CASADO (Apócrifos cristianos 3; Madrid 2004) 93.

plan de Dios no se frustró, todo lo contrario:

Envueltos en dolor y en sufrimiento, se continúan, sin embargo, los plazos y tiempos de Dios. No se ha cambiado la promesa⁴².

La Iglesia enseña explícitamente que el pecado original se nos transmite a todos las personas humanas, excepto a María, por medio de la procreación de los progenitores, por vía material, por la carne, no por el alma, pues éste es infundido de manera misteriosa directamente por Dios para cada persona. Así pues, el pecado original atenta de lleno contra la bendición del Padre, destinada a glorificar lo nuestro más propio, aquello de que carecen los ángeles y los animales: un cuerpo como el que será asumido por el Verbo. El alma se verá afectada, herida, de lo cual todos tenemos experiencia por causa de los

⁴² DE NAVASCUÉS BENLLOCH, *Flor de Sangre*, 31.

pecados personales que cometemos. Por eso debemos combatir el pecado con todas nuestras fuerzas, pues si el alma secunda al Espíritu de Dios, vehicula, canalizará la Gracia al cuerpo que informa, destinatario pobre y último de la bendición paterna. Pero, si en esa lucha encarnizada contra el pecado, pobre criatura de Dios, caes y pecas... ¡arrepíentete!, ¡corre a pedir perdón al que te creó para tan grande bendición!, ¡y alégrate de la misericordia del Padre, con regocijo, exultante, porque tu pecado no detiene el plan de Dios para contigo, como no detuvo ese mismo plan para con tus padres Adán y Eva!:

Como salían de él [del paraíso] con tristeza, Dios habló con Adán diciéndole: «Adán, no te apenes porque tengas que salir del Paraíso debido a la sentencia, pues yo te devolveré tu herencia. Verás cuánto te he amado, porque, aunque por tu causa yo he maldecido la tierra, a ti te he preservado

de la maldición. En cuanto a la serpiente, he aprisionado sus pies en su interior y le he dado el polvo como alimento [...] Como has trasgredido mis mandamientos, tienes que salir, pero no te apenes, porque tras la consumación de los tiempos, debidos a estas cosas que he dictado contra vosotros, que estéis en una tierra extranjera, en la tierra de las maldiciones, enviaré a mi Hijo, que descenderá para redimiros y habitará en una virgen»⁴³.

¿[...] tal vez en María *inmaculada* habría de ver Adán cuánto y como Dios no había dejado de amarle nunca?⁴⁴

Es bueno que miremos a María después de haber pecado:

¡Oh! tú, quien quiera que seas, que te sientes lejos de tierra firme, arrastrado

⁴³ *Cueva de los tesoros (oriental)*, ed. GONZÁLEZ CASADO, V, 3-6.

⁴⁴ DE NAVASCUÉS BENLLOCH, *Flor de Sangre*, 32.

por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y tempestades, si no quieres zozobrar, no quites los ojos de la luz de esta estrella, invoca a María. Si el viento de las tentaciones se levanta, si el escollo de las tribulaciones se interpone en tu camino, mira la estrella, invoca a María. Si eres balanceado por las agitaciones del orgullo, de la ambición, de la murmuración, de la envidia, mira la estrella, invoca a María. Si la cólera, la avaricia, los deseos impuros sacuden la frágil embarcación de tu alma, levanta los ojos hacia María. Si, perturbado por el recuerdo de la enormidad de tus crímenes, confuso ante las torpezas de tu conciencia, aterrorizado por el miedo del Juicio, comienzas a dejarte arrastrar por el torbellino de tristeza, a despeñarse en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. Que su nombre

nunca se aparte de tus labios, jamás abandone tu corazón; y para alcanzar el socorro de su intercesión, no descuides los ejemplos de su vida. Siguiéndola no te extraviarás, rezándole no desesperarás, pensando en Ella evitarás todo error. Si Ella te sustenta no caerás; si Ella te protege nada tendrás que temer; si Ella te conduce no te cansarás; si Ella te es favorable alcanzarás el fin. Y así verificarás, por tu propia experiencia, con cuánta razón fue dicho: «Y el nombre de la Virgen era María»⁴⁵.

La Llena de Gracia

El plan de la Salvación querido por Dios antes de la creación del mundo era hacer a los hombres santos e inmaculados de

⁴⁵ BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones, Super missus II*, 17 en: *Obras Completas del Doctor Meliflúo San Bernardo Abad de Claraval I. Sermones de tiempo (Año litúrgico)*, ed. J. PONS (Barcelona 1925) 53-54. Hemos optado por una traducción más actual. El sermón *Super missus* forma parte de un grupo de sermones dedicados al Adviento.

manera que fueran transmitiendo la bendición de generación en generación, pero por el pecado original, la mácula se transmite de carne a carne. Siendo esta la situación —ciertamente muy trágica situación— Dios preserva a María. Así, la carne sin mancha de María, Tierra Virgen, permite a Cristo asumir una carne sin pecado, como aquella de Adán antes de que pecara, es decir, una carne sin pecado, aunque padeciendo las consecuencias de ese pecado (sufrimiento, muerte...). Porque lo propio del hombre no es el pecado, pues Adán, el primer hombre salido de las manos de Dios, no tenía pecado. Lo propio del hombre es ser criatura re- ligada al amor de su Creador. Lo propio del hombre no es pecar. Esto nos cuesta mucho entenderlo, hasta el punto de cuestionar la encarnación de Cristo, como si Cristo, al no asumir todo lo nuestro porque no asumió el pecado, entonces no sería en todo igual a nosotros. Pero Cristo sí

asumió todo lo nuestro, excepto el pecado, y no lo asumió porque no forma parte del hombre tal y como Dios lo había pensado. Lo que pasa es que nosotros, hombres en régimen *postlapsario* (después del pecado original), no tenemos la experiencia de no pecar porque ya hemos nacido heridos, en desequilibrio.

Ecce homo («aquí tenéis al hombre») ⁴⁶. El verdadero hombre es Cristo. Él es el paradigma, lo que estamos llamados a ser. El pecado es ajeno a la naturaleza humana, es su mayor amenaza, enfermedad virulenta y deformación. El pecado anula y destruye al hombre, pero nosotros... ¿cuántas veces lo preferimos?

Así pues, tanto Jesús encarnado, por naturaleza, porque es Dios en persona, como María, por Gracia de Dios, ya que es criatura, nos muestran lo que es la verdadera humanidad. A eso estamos llamados.

⁴⁶ Jn 19, 5.

La bula *Ineffabilis Deus* del Papa Pío II (1854) define así el dogma de la Inmaculada Concepción:

[...] la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano⁴⁷.

Me gusta ver esta Gracia que María recibe en el relato de la Encarnación en Lc 1, 26-28:

²⁶ Al sexto mes envió Dios el ángel Gabriel a un pueblo de Galilea, llamado Nazaret, ²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. ²⁸ Cuando entró, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

⁴⁷ Pío IX, *Bula Ineffabilis Deus* (1854).

En griego, el arcángel Gabriel saluda a María así: χαῖρε, Μαρία, κεχαριτωμένη («Salve, María, llena de Gracia»). Estaríamos ante la vocación aterrizada, particular, de María, que fue llamada a ser la Madre de Dios (Theotokos), para lo cual debía ser Tierra Virgen, Nueva Eva, sin pecado, para dar una carne sin pecado al Hijo de Dios. Y conectamos así con uno de los puntos más preciosos de la *Carta a los Efesios*, que hemos estado contemplando: «con la que nos agració en el Amado». «Agració» se dice en griego ἐχαρίτωσεν, tiempo aoristo del verbo χαριτώω (agraciar). Este verbo es el que aparecía en Lc 1,26 (κεχαριτωμένη = llena de Gracia), en participio de perfecto pasivo, cuyo aspecto expresa en griego que una acción se produjo en el pasado y que ha dejado un estado; con su voz pasiva el hagiógrafo está dando a entender que la Virgen María ha sido repleta con la Gracia de Dios de tal forma que su estado habitual es estar llena de una Gracia que se le hizo en el pasado.

A mi modo de ver, esta Gracia que María recibió en el pasado y que constituye su estado actual podría consistir en la inmaculada concepción, por la cual la pequeña María fue preservada del pecado original en atención a los méritos de la Pasión de Cristo. Por eso dice *Efesios*: «en el Armado», porque toda Gracia proviene de Cristo, el Amado del Padre. Todo lo dicho hasta ahora sobre la *Carta a los Efesios* se ve de manera eminente en una criatura, en María. «Para ser santos e inmaculados ante Él en el Amor». María es la única persona no divina de la que la Iglesia afirma explícitamente su inmaculada concepción, por tanto, que está exenta del pecado original y que vive, en consecuencia, la vocación primigenia de todo hombre. Por el pecado de Adán, el pecado original, todos hemos quedado privados de la santidad y estamos manchados, todos excepto María. Ella es el Espejo de Justicia, en Ella contemplamos nuestro principio y

fundamento, el plan intacto de Dios Padre, su bendición antes de la creación del mundo, antes del pecado de Adán; la elección que realizó el Padre, su llamada, nuestra vocación última en Cristo Jesús, el Amado del Padre, por los méritos de éste, en el Espíritu de amor: María, nacida inmaculada, asunta al cielo hecha ya su carne dios. Así comenta el P. Orbe esta gracia de la Inmaculada:

Me da devoción descubrir la *plenitud de gracia* en el cuerpo más que en el alma de Nuestra Señora. Era preciso disponer la carne de que había de nacer Jesús. Del sí de la Virgen vendrá Cristo. Del cuerpo de esta Niña nacerá el cuerpo de Jesús. Del alma de la Virgen no nacerá el alma de Jesús. Dios llenó de gracia el alma de Nuestra Señora. Pero en beneficio de su carne. «Llena de gracia» en su persona, la plenitud singularmente toca a la Virgen en lo femenino, con una dimensión maternal que le conviene por razón de su cuerpo

benditísimo. Dejo a otros la devoción al alma de Nuestra Señora. Al alma que aceptó los planes de Dios, con eficacia para traernos libremente, generosamente, al Hijo. Yendo a escoger entre el alma y el cuerpo, me quedo con los dos en la persona de Nuestra Señora. Y si me urgen, todavía me gusta más su cuerpo. De él vino el Cordero de Dios, que con la sangre — sangre venida de sangre— iba a quitar el pecado del mundo. A Dios le atrajo la Virgen para modelar lo visible y humano del Hijo⁴⁸.

María, Flor de sangre, Flor de la Humanidad, carne preparada pacientemente para albergar en su seno al Verbo. Y, ¿qué hizo María para recibir tal bendición? ¡Ser humilde!, ¿Ser humilde? No. No hizo nada. La bendición de la que habla *Efesios* sucede antes de la fundación del mundo. Antes de la fundación del

⁴⁸ A. ORBE, *Anunciación*, 118-119.

mundo María no había ni siquiera nacido. La bendición fue para ella tan gratuita como lo es para cada uno de nosotros. Fue agraciada en el Amado, como también nosotros:

[...] pero el núcleo del dogma está orientado hacia la iniciativa de Dios cuando María no puede responder [...] Es un pecado que afectaba a la naturaleza y no a la persona [...] La doctrina del dogma que nos ocupa se centra en el *carácter pasivo* de la falta de pecado en María, sin adentrarse a la vida posterior de esta [...] El medio empleado para ello es el mismo que causó la ruina: la carne. Así como en carne pecó con desobediencia Adán, así en carne Cristo obedeció hasta la muerte. ¿Cuándo se pasan los testigos Adán y Cristo? En el seno de María⁴⁹.

⁴⁹ DE NAVASCUÉS BENLLOCH, *Flor de Sangre*, 35. 49.

Y sobre lo que acontece en el seno de María comenta el P. Orbe:

«Bésememe con el beso de su boca». Era la humanidad, oveja perdida en el valle. Y un día la tomó y la besó con el ósculo de su boca, escogiendo para él el seno virginal de María. El ósculo de Dios es el Espíritu Santo, beso del Padre; y del Hijo. Pero el de Dios al hombre es Jesús: fruto del Espíritu Santo y de María.

El Padre imprimió en su beso al hombre la palabra que llenaba su seno inmenso. Y tan apretadamente la imprimió que la redujo al seno de una doncella. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros⁵⁰.

Oveja perdida, dile al Amado de la bendición: ¡Bésmeme con el Beso de tu boca, dame tu Santo Espíritu! Gracias a una mujer, María Inmaculada, la humanidad, todos nosotros, que caminábamos perdidos en este valle de

⁵⁰ A. ORBE, *A solas con el Señor*, 251-252.

lágrimas, podemos acceder a la bendición, a la herencia, a la vocación que nuestro pecado había imposibilitado.

La Bella Cordera

Melitón de Sardes, obispo (+ ca. 180) emplea esta bella expresión para referirse a María: «la bella Cordera»:

Él es quien se hizo carne en una virgen, quien fue colgado en un madero, quien fue sepultado en tierra, quien resucitó de entre los muertos, quien fue elevado a las alturas de los cielos. Él es el cordero sin voz, Él es el cordero degollado, Él es el nacido de María, la bella cordera (ἐκ Μαρίας τῆς καλῆς ἀμνάδος), Él es el elegido del rebaño [...]⁵¹.

El cordero es un animal dócil, manso, pequeño e inofensivo. No es un

⁵¹ MELITÓN DE SARDES, *Peri Pascha*, en: *Melitón de Sardes. Homilía sobre la Pascua*, eds. J. IBÁÑEZ IBÁÑEZ – F. MENDOZA RUIZ, (Pamplona 1975) 70-71.

depredador, sino que es un animal pacífico, indefenso. Así es también la tierra mansa, la carne pacificada, así de débil es la humanidad, el rebaño del que forma parte Cristo desde que asumió una naturaleza humana, pasible, débil, pobre, necesitada de resurrección y salvación, de Espíritu, de filiación a la medida del Hijo personal de Dios, Cristo. María es esa bella Cordera, que, Inmaculada, Tierra Virgen, pura, preciosa, confiere la carne al Verbo en su seno virginal. Su Padre celeste infundirá su alma al Verbo encarnado.

San Cromacio de Aquileya (s. IV-V) escribirá bellísimamente:

Aunque a nuestro Salvador también se le llama pastor, también se le llama oveja o cordero. Por eso, no sin referencia al misterio de la pasión del Señor, se dice en esta lectura que Abel ofreció al Señor Dios un regalo consistente en los pequeños de sus ovejas. Los santos patriarcas y profetas por su inocencia son llamados ovejas o

carneros. De ellos leemos en la Escritura: «los carneros de las ovejas se visten con su vellón y los valles abundan en trigo». Y de nuevo: «nosotros, tu pueblo y ovejas de tu rebaño». De este rebaño de santos, pues, salió aquella oveja inmaculada e inviolada, es decir, Santa María, que, contra las leyes de la naturaleza, engendró para nosotros aquel cordero revestido de púrpura, es decir, Cristo Rey. Y, con razón, Cristo el Señor es considerado como el cordero vestido de púrpura, porque no fue creado, sino que nació como rey⁵².

Tenemos un Salvador que es Pastor y es Cordero. No tuvo miedo a su debilidad; no vayas a tener tú, pastor, miedo de la tuya. Reconocer la propia debilidad posibilita reconocer la omnipotencia de Dios: un

⁵² CROMACIO DE AQUILEYA, *Sermo XXIII, de Cain et Abel*, 3, en: *Scrittori dell'area ambrosiana. Complementi dell'Opera Omnia di Sant'Ambrogio III/1. San Cromazio di Aquileia I. Sermoni*, eds. J. LAMERIE – G. BANTERLE, (Milano - Roma 1989) 135. Traducción propia.

cadáver nada puede. En la vida del Espíritu no hay que dar la talla, ni ser fuerte, ni capaz. La clave es ser criaturas que todo lo reciben del Omnipotente Padre de las bendiciones. Porque las fuerzas se perderán, las tallas no se darán, las capacidades no bastarán, y el desánimo ante la propia pobreza puede fracturar al sujeto y conducirlo a peligrosos desequilibrios. Miremos a María, la Inmaculada, la Bella Cordera, quien nos muestra que en la humildad y pequeñez de la criatura que acaba de ser concebida en el vientre materno, recibió su bendición, su preciosa bendición de ser Madre de Dios y, por ello, Inmaculada. Aprendamos de María Amada a recibir de Dios, a ser corderos, hijos de la Bella Cordera. Porque la vida espiritual no es una conquista, sino un recibir y responder con la vida y con las obras al don de Dios:

El hombre, según noción del pseudo Bernabé, es «tierra paciente» (Barn. 6,9). Dios hace y el hombre padece. El uno

hace lo que el otro sufre. Tanto trabaja el Creador —en plano ideal— cuanto el hombre le deja hacer. Abandonado el hombre al trabajo de artesanía del Creador, recibe todo lo que Dios quiere al modelarle. Si Dios quiere sacar del barro un dios, acabará el barro en Dios. Déjele el hombre hacer a su gusto, sin propia iniciativa, como quien se embarca en las manos del Hacedor y se entrega a su dispensación. Ocurre que el barro quiere dar lecciones a Dios. Y lecciones de barro, acaban mal⁵³.

Contemplemos con qué mino modeló Dios al Cordero en las entrañas de la Bella Cordera:

E inició también el trabajo secreto vaticinado en la formación del primer Adán. El Verbo y el Espíritu, manos del Padre, modelaban delicadamente —de tierra virgen— el Cordero destinado al sacrificio. La Tierra ponía a su

⁵³ A. ORBE, *Del Olivete al Calvario*, 114-116.

disposición sangre purísima, más limpia que los rayos más limpios del sol. Del trabajo saldrá el cuerpo más humano nacido de mujer. Los miembros se dibujan con mimo, según las formas del Verbo de Dios. El Espíritu los unge con amor. Se perfilan un día tras otro los oídos más finos y sensibles a la plegaria. Los ojos más dulces y fáciles a la misericordia. Las manos más hermosas, hechas para bendecir, ser agujereadas y ofrecidas al Padre. Los pies más ligeros para caminar. Los pechos más amorosos. Así los demás miembros de su bendita carne. Nueve meses de trabajo para el Espíritu y el Hijo. Nunca un golpe de martillo perceptible desde fuera. Nunca un nervio que resistiese a su acción. Ella, la Virgen, les dejaba hacer. Así salió el cuerpo perfectísimo de Jesús en el Paraíso del nuevo Adán. A la medida de la Tierra Virgen y de las manos de Dios, largos siglos habituadas a formar cuerpos a su imagen y

semejanza. Muy torpes fueran Verbo y Espíritu si, después de entrenarse tanto para Él, en llegando a modelarle, descuidaran un solo primor⁵⁴.

Tras haber contemplado a Cristo siendo gestado en el seno materno, contemplémonos a nosotros, corderos del rebaño, siendo engendrados a imagen y semejanza de Cristo en el seno de la Madre Iglesia, de María Inmaculada. Allí, en su seno, nadie nos exige, no debemos dar una imagen, una talla, hacer esto o aquello... allí, descansenos en el amor de una Madre maternal, del más tierno amor, la Bella Cordera que engendró al Cordero, la Bella Cordera que dio vida a Cristo sacerdote. Amor incondicional, ternura infinita, hogar, reposo, sanación de toda herida, de todo rechazo, de toda carencia afectiva; toda aspereza, toda dureza, toda falta de reconocimiento se diluyen en el seno de María, que nos ama; todo rechazo

⁵⁴ A. ORBE, *Anunciación*, 280.

se convierte en su seno en aceptación incondicional y validación; toda exigencia se torna en gratuidad, en su benignidad, porque Ella, tu Madre, se alegra de que tú seas, de que, sencillamente, existas, de que el Padre le haya concedido un hijo en Su Hijo. ¡Se alegra de que existas, de darte vida, de pensar cuán grande es la bendición que el Padre bueno te preparó antes de la fundación del mundo: ¡ser santos e inmaculados en su presencia, por el Amor!

Ser cordero también es tener forma de Siervo:

⁶ ¡Ah, Yahvé, yo soy tu siervo, tu siervo, hijo de tu esclava, tú has soltado mis cadenas!

Un Cordero que aprende a serlo de su Madre, la Bella Cordera. Un siervo que aprende a serlo, de la Sierva. En las entrañas de María también se adquiere la forma de siervo (cf. Flp 2):

Lo que el Padre para el Verbo, en lo divino, era la Madre, en lo humano. Elevado personalmente el Hijo de la Virgen a las alturas del Verbo, quiso para su Madre una entereza, análoga en carne a la que en Espíritu poseía Dios. El Verbo que nacía del Padre «en la forma de Dios», quiso nacer de la Madre «en la forma de siervo», con igual pureza. No abre el resplandor el seno de la Luz (paterna). Ni abrió, vestido de carne, el seno de la Virgen (madre). Acompañan el parto eterno del Unigénito las delicias de la «siempre Virgen».

El cielo reservaba a la Virgen Madre otros dolores. No tardaría en anunciárselos: «He aquí que a éste (Niño) le han puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a quien se contradice. Y a ti misma una espada te traspasará el alma» (Lc 2,34s).

Pura fue la concepción. Limpio y sin dolor el parto virginal. Entre la

concepción y el parto, sabe Dios el cúmulo de bendiciones que llovió sobre la Carne de Nuestra Señora⁵⁵.

De Cordera a Reina

Al igual que en la santísima humanidad de su Hijo, podemos ver en Ella la victoria del Espíritu sobre su barro por el camino de la mansedumbre en la voluntad del Padre, sin reservas, hasta el fin:

Venía de la nada, y se ofreció como era, a impulso del Espíritu. «Porque en primer lugar es menester que guardes el rango de hombre, y sólo después participes en la Gloria de Dios (a que Él generosamente te llama). No haces tú a Dios, sino Dios te hace a ti. Si eres la obra (preferida) de Dios, espera sin prisas la mano de tu artífice, que todo lo hace según conviene: quiero decir, según a ti conviene, que eres (por Él) trabajado. Ofrécele tu corazón blando y

⁵⁵ A. ORBE, *El Niño Dios*, 15.

tratable. Mantén la figura con que te configuró el artista, reteniendo en ti la humedad, no vayas endurecido a perder las huellas de sus dedos. Si conservas la unidad (del barro humedecido), acabarás por subir a lo perfecto. El artificio de Dios esconderá el lodo que hay en ti. Su mano formó la sustancia tuya (primero en Adán y luego en el útero materno). Ella te unguirá por dentro y por fuera con oro y plata purísimos, y te adornará a extremos que el propio Rey codicie tu hermosura (cf. Sal 44, 12). Pero si (por no querer la lluvia del Espíritu), endurecido al punto, rehúyes la obra de arte de Dios y te vuelves ingrato contra Él (acusándole) de que (a raíz de la creación, sólo) te ha hecho hombre, con tu ingratitud para Dios perdiste a un tiempo su arte y la vida (a que eras llamado). El hacer es propio de la benignidad de Dios; el ser hecho, propio de la naturaleza del hombre. Si, pues, le entregares lo que

es tuyo—la fe en Él y la sumisión—, recibirás el arte (benéfico) de Él, y terminarás por ser obra perfecta de Dios. Mas, si no te fías de Él y escapas a sus manos, tuya será—que no obedeciste—la culpa de quedar imperfecto, no del que te llamó. Envió Él quienes llamaran a la boda (de su Hijo); más los no obedientes se privaron ellos (culpablemente) de la cena del Rey (cf. Mt 22,3). No falla el arte de Dios, poderoso para levantar de las piedras hijos de Abrahán (cf. Mt 3, 99 [sic]), sino el (hombre) rebelde a ella y culpable de la propia imperfección (y ruina). No responde la luz de la ceguera de quienes se arrancaron los ojos. La luz persevera igual. Son ellos los que, cegados por su culpa, se instalan en régimen de tinieblas. Ni la luz somete a nadie por la fuerza, ni Dios obliga al que se resiste a su trabajo de arte... La sujeción a Dios es descanso eterno. Los que huyen de la luz tendrán (por

desgracia) un lugar digno de su fuga, y los que rehúyen el eterno reposo poseerán una morada conveniente a su huida. Y como en Dios están todos los bienes, quienes por su voluntad huyen de El, a sí mismos se privan de todos los bienes para caer en el recto juicio de Dios. Pues los que huyen del reposo, con toda justicia se hallarán en medio de la pena. Y los que rehúyen la luz, justamente habitan en tinieblas»⁵⁶.

Esto es vivir siendo eucaristía:

He ahí el secreto del humano éxito. A uno le toca ser hombre, para que Dios sea en él Dios. A la criatura, que viene de la nada, *dejarse hacer*. Y al Creador, *hacer*. Si tanto se deja hacer el hombre, cuanto Dios hace; y Dios quiere hacer de él su igual, tanto resultará ser el

⁵⁶ Cita nuestro autor en: ORBE, *Anunciación*, 261, n. 1: "SAN IRENEO *Adv. haer.* IV 39,3s". El texto citado corresponde a AH IV, 39, 2-4.

hombre Dios, cuanto en hacerle así puso el Padre libremente su voluntad. Esto se ve claro en la Virgen. Ninguna criatura se dejó hacer de Dios como ella. Y como Él la quería para madre de su Hijo, bastole esperar con sencillez y fe el arte generoso y delicado del cielo, para —sin dejar de ser tierra— volverse Madre de Dios. A tal fin, retuvo la humedad del Espíritu, que como lluvia mansa la disponía —gracia sobre gracia— para el trabajo de los dedos divinos.

¿Puede acaso fructificar la tierra árida? «Del trigo seco no hay modo de hacer, sin agua, masa ni pan. Tampoco nosotros podíamos hacer uno en Cristo Jesús sin lluvia del cielo. La tierra árida no fructifica mientras no reciba agua. Ni los que antes éramos leño árido, fructificaríamos nunca la Vida (de Dios) sin la lluvia (del Espíritu) generosamente venida del cielo. La carne nuestra recibió mediante el bautismo la unidad

(de Espíritu) que mira a la incorrupción; el alma, en cambio (directamente), mediante el Espíritu. Ambas cosas —el bautismo (de agua) y el Espíritu— son por lo mismo necesarias, porque las dos aprovechan para la Vida de Dios. Por compasión a la Samaritana pecadora, que, lejos de mantenerse fiel a un solo marido, fornicó en multitud de nupcias, el Señor le significó y prometió el agua viva, para que ya no tuviera sed ni se afanase por el deleite de agua tan trabajosamente buscada, pues tenía en sí una que saltaba a la Vida eterna. Agua que el Señor recibe en don, del Padre (en su propio cuerpo), y comunica a su vez a quienes participan de él, con el Espíritu Santo, que envía a toda la tierra»⁵⁷.

«Hágase en mí según tu Palabra»:

⁵⁷ Cita nuestro autor en: ORBE, *Anunciación*, 262, n. 2: "SAN IRENEO, *Adv. haer.* III 17, 2".

La Virgen era pura delicadeza. Su condición blanda veníale —en lo humano— de su tierna edad. En lo divino, del Espíritu que le llovía invisible del cielo.

Al decir «Hágase en mí según tu palabra», presentaba al mensajero de Dios un cuerpo ungido, como arca de la Nueva Alianza, por dentro y por fuera. Sin entrar en los misterios de la humana generación, ofrecía al cielo el tesoro virginal, tierra no labrada por el hombre, para que la trabajase en obra de incorrupción⁵⁸.

María Inmaculada, Tierra Virgen, la «llena de Gracia», Flor de la Sangre, Bella Cordera, es alabanza de la Gloria de Dios (cf. Ef 1,12). En ella, Espejo de Justicia, se contempla nítidamente cuál es la riqueza de Gloria otorgada por Él en herencia a los santos. En ella se contempla la docilidad de la criatura, en cuerpo y alma,

⁵⁸ ORBE, *Anunciación*, 259-262.

transformada totalmente por el Espíritu a imagen y semejanza de Cristo glorioso, hecho dios en su carne, Él que es Dios en persona. Carne ordenada a impulsos del Espíritu en lugar de a impulsos del pecado. En María se contempla con esperanza aquello que se nos promete: «santos e inmaculados ante Él, por el amor».

A modo de conclusión: plegaria eucarística IV⁵⁹

Te alabamos, Padre santo,
porque eres grande
y porque hiciste todas las cosas con
sabiduría y amor.

A imagen tuya creaste al hombre
y le encomendaste el universo entero,
para que, sirviéndote sólo a ti, su
Creador,
dominara todo lo creado.

⁵⁹ *Post-sanctus.*

Y cuando por desobediencia perdió tu
amistad,
no lo abandonaste al poder de la
muerte,
sino que, compadecido, tendiste la
mano a todos,
para que te encuentre el que te busca.

Reiteraste, además, tu alianza a los
hombres;
por los profetas
los fuiste llevando con la esperanza de
salvación.

Y tanto amaste al mundo, Padre santo,
que, al cumplirse la plenitud de los
tiempos,
nos enviaste como salvador a tu único
Hijo.
El cual se encarnó por obra del Espíritu
Santo,
nació de María, la Virgen,
y así compartió en todo nuestra
condición humana

menos en el pecado;
anunció la salvación a los pobres,
la liberación a los oprimidos
y a los afligidos el consuelo.

Para cumplir tus designios,
él mismo se entregó a la muerte,
y, resucitando, destruyó la muerte y nos
dio nueva vida.

Y porque no vivamos ya para nosotros
mismos,
sino para él, que por nosotros murió y
resucitó,
envió Padre, al Espíritu Santo
como primicia para los creyentes,
a fin de santificar todas las cosas,
llevando a plenitud su obra en el
mundo.

«Para alabanza de su Gloria»